



INFORME ESPAÑA 2021

**CÁTEDRA
JOSÉ MARÍA MARTÍN
PATINO DE LA CULTURA
DEL ENCUENTRO**



Servicio de Biblioteca. Universidad Pontificia Comillas de Madrid

INFORME España 2021 / Cátedra José María Martín Patino de la Cultura del Encuentro ; [coordinación y edición Agustín Blanco, Antonio Chueca, José Antonio López-Ruiz y Sebastián Mora]. -- Madrid : Universidad Pontificia Comillas, Cátedra J.M. Martín Patino,2021.

469 p.

En la portada: 28.

Es continuación de la colección CECS publicada por la Fundación Encuentro ISSN 1137-6228.

D.L. M 29285-2021. -- ISBN 978-84-7399-237-4

1. COVID-19. 2. Epidemias. 3. Aspectos políticos. 4. Aspectos sociales. 5. Medicina social. 6. Aspectos educativos. 7. Aspectos psicológicos. 8. Desigualdad social. 9. Pobreza. 10. España. I. Blanco Martín, Agustín, editor literario. II. Chueca, Antonio, editor literario. III. López-Ruiz, José Antonio, editor literario. IV. Mora Rosado, Sebastián (1966-), editor literario

Coordinación y edición: Agustín Blanco, Antonio Chueca,
José Antonio López-Ruiz y Sebastián Mora

Edita: UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
Cátedra J. M. Martín Patino

ISBN: 978-84-7399-237-4
Depósito Legal: M-29285-2021

Imprenta Kadmos
Salamanca



Gracias a la Fundación Ramón Areces, la Cátedra José María Martín Patino de la Cultura del Encuentro elabora este informe. En él ofrecemos una interpretación global y comprensiva de la realidad social española, de las tendencias y procesos más relevantes y significativos del cambio.

El informe quiere contribuir a la formación de la autoconciencia colectiva, ser un punto de referencia para el debate público que ayude a compartir los principios básicos de los intereses generales.

ÍNDICE

PARTE PRIMERA: CONSIDERACIONES GENERALES PENSAR DESDE LA PANDEMIA

Sebastián Mora, José Antonio López-Ruiz y Agustín Blanco

Introducción.....	15
1. La condición humana interpelada	17
1.1. La condición humana vulnerable	19
1.2. ¿La emergencia de la comunidad?.....	21
1.3. Marcos de guerra contra el virus	24
1.4. La experiencia religiosa en tiempos pandémicos	25
2. La pandemia como crisis social en una sociedad de riesgos.....	30
2.1. Los riesgos sociales y la pandemia	30
2.2. Opinión pública y pandemia.....	32
2.3. Economía, medio ambiente y pandemia: consideraciones sobre la in-sostenibilidad del sistema.....	38
2.4. La clase social del siglo XXI.....	41
2.5. Ser joven en el siglo XXI	42
3. La política en tiempos de pandemia	44
3.1. La política como problema, no como solución.....	44
3.2. Civismo y cultura política en tiempos de pandemia.....	48
3.3. ¿Una oportunidad perdida, un anhelo frustrado? La cogobernanza	50
3.4. La democracia, cuestionada.....	52
Bibliografía.....	56

PARTE SEGUNDA: TRAS LA PANDEMIA, ¿EL MUNDO DE AYER O EL MUNDO DE MAÑANA?

Chaime Marcuello

Introducción.....	63
1. El mundo de mañana	65
1.1. Un camino recorrido	66
1.2. El camino a explorar	69
2. Preguntar y anticipar	70
2.1. Una estrategia	71
2.2. Una muestra, como todas, limitada.....	74
3. Traza una distinción, dibuja un mapa	77
3.1. El mapa no es el territorio.....	78
3.2. La ruptura de las rutinas	81
4. Tendencias, perfiles y rumbos	84
4.1. Tendencias	84
4.2. Rumbos	89
5. Para responder	100
6. Capilarizar, cuidar y sembrar	108
Bibliografía.....	113

PARTE TERCERA: DESARROLLO E INTEGRACIÓN SOCIAL

Capítulo 1

LA ECONOMÍA ESPAÑOLA ANTE LA COVID-19: EFECTOS, RETOS Y SOLUCIONES

*M^a Yolanda Fernández Jurado, Antonio Javier Ramos Llanos
y Nieves García Santos*

Introducción	123
1. Contexto macroeconómico.....	123
1.1. Evolución del Producto Interior Bruto.....	127
1.2. Sector Público.....	132
2. Problemas sin resolver agravados por la crisis.....	135
2.1. Sistema productivo muy sensible a situaciones de crisis.....	136
2.2. Un mercado de trabajo en transformación	141
2.3. Aumento de la pobreza y sus efectos económicos.....	154
3. Soluciones a corto plazo y retos.....	159
3.1. Soluciones a corto plazo: ayudas europeas, política fiscal y política monetaria	159
3.2. Retos. Necesidad de una visión a medio plazo	174
4. Conclusiones.....	176
Bibliografía.....	179
Anexo	182

Capítulo 2

ABANDONO EDUCATIVO, BIENESTAR EMOCIONAL Y PANDEMIA

Jorge Sainz, Ismael Sanz y Luis Miguel Doncel

Introducción.....	187
1. Dónde estamos	188
2. Causas	193
3. Coste	198
4. Propuestas	200
5. Abandono, pandemia y bienestar	206
5.1. El efecto de la pandemia y el cierre de los centros en el bienestar emocional de los alumnos.....	208
5.2. Iniciativas en el ámbito de la escuela para apoyar el bienestar de los alumnos	212
5.3. El impacto de la pandemia y el cierre de los centros en el bienestar emocional de la comunidad educativa en España.....	213
6. Conclusiones.....	221
Bibliografía	225

Capítulo 3

EL AÑO QUE VIVIMOS PELIGROSAMENTE: IMPACTO DE LA COVID-19 EN SANIDAD

Salvador Peiró Moreno, Juan Ernesto del Llano Señarís y Alicia del Llano Núñez-Cortés

1. Aproximación a las pandemias y sus efectos.....	233
1.1. De Wuhan (China) a España	233
1.2. Las pandemias que vinieron	235
1.3. Las pandemias que vendrán	238
2. COVID-19: la carga de la enfermedad en España y sus comunidades autónomas	240
2.1. Ondas epidémicas y datos acumulados en España	241
2.2. Una desigual incidencia por territorios.....	247
2.3. La primera onda: entre el confinamiento general y la trinchera sanitaria	250
2.4. Desescalada, nueva normalidad y segunda onda.....	252
2.5. La tercera onda y el inicio del proceso de vacunación	254
2.6. Algunos problemas de la respuesta. La salida	257
3. La respuesta del sistema sanitario a la pandemia.....	258
3.1. Lo macro: de lo general a lo particular	259
3.2. Lo meso: las fortalezas y debilidades de las instituciones en el afrontamiento de la pandemia	261
3.3. Lo micro: la respuesta profesional	264
4. Lecciones aprendidas y estrategias de futuro para la sanidad en España...	265
4.1. Lecciones aprendidas	265
4.2. Una estrategia para fortalecer la sanidad en España	267
Bibliografía.....	272

Capítulo 4

LA DESIGUALDAD Y LA POBREZA EN TIEMPOS DE LA COVID-19

José Antonio López-Ruiz y Pedro José Cabrera Cabrera

1. Desigualdad, pobreza y exclusión social.....	277
1.1. El impacto a nivel mundial	279
1.2. Su impacto en Europa y España.....	283
1.3. Pobreza y exclusión en la pandemia desde la perspectiva del empleo	292
2. Las personas atendidas en programas de Cáritas y Cruz Roja Española durante la pandemia	301
2.1. Análisis del impacto de la COVID-19 desde el Observatorio de la Realidad Social (Cáritas) y la Fundación FOESSA	302
2.2. Las personas atendidas desde el Plan Cruz Roja RESPONDE ante la COVID-19	310
2.3. El género como elemento diferencial en el impacto de la COVID-19 en la pobreza.....	317

3. Consecuencias económicas de la pandemia a través de la evolución de la opinión pública	318
4. Consideraciones finales: hacia la sociedad post-COVID-19.....	326
Coda: ¿un accidente o un nuevo escenario (por construir)?	329
Bibliografía.....	332

Capítulo 5

EL FUTURO DE LOS CUIDADOS DE LARGA DURACIÓN ANTE LA CRISIS DE LA COVID-19

Mayte Sancho Castiello y Teresa Martínez Rodríguez

Introducción.....	337
1. Evolución de la atención a las personas mayores en España.....	338
1.1. De dónde venimos. Claves de la evolución	338
1.2. Cuando las personas mayores necesitan ayuda. Dependencia y vejez	344
1.3. La respuesta a las situaciones de dependencia	346
2. Impacto de la COVID-19.....	354
2.1. La incertidumbre de los datos estadísticos	355
2.2. Impacto multidimensional de la COVID-19.....	358
3. La necesidad de un modelo rector de la calidad de la atención. Algunos componentes que hay que tener en cuenta.....	364
3.1. El necesario punto de partida. La visión de las personas que reciben cuidados y los valores rectores del mismo.....	365
4. Nuevos paradigmas y necesidades en la atención domiciliaria y en el modelo residencial	375
4.1. Vivir en casa y en conexión con la comunidad. Elementos clave	375
4.2. Cuando se necesitan cuidados y no es posible vivir en el propio hogar. Del cuidado residencial al paradigma <i>housing</i>	380
5. Conclusiones y claves para avanzar	393
Bibliografía	397

PARTE CUARTA: REDES Y TERRITORIO

Capítulo 6

EL SISTEMA AUTONÓMICO Y LA CRISIS SANITARIA CAUSADA POR LA COVID-19

José María Pérez Medina

Introducción.....	409
1. El papel del Estado y el liderazgo del Gobierno.....	412
1.1. La estrategia y las dificultades del Gobierno para la protección de la salud pública	412
1.2. La recuperación del papel protector del Estado	416
2. Las medidas adoptadas por el Gobierno y sus efectos sobre las competencias autonómicas	419
2.1. El primer estado de alarma.....	421
2.2. La nueva normalidad y la coordinación de medidas sanitarias autonómicas.....	426

2.3. El segundo estado de alarma	428
2.4. La experiencia de otros Estados europeos	434
3. La coordinación sanitaria por parte del Estado: objeto y límites	437
3.1. Las competencias del Estado para coordinar actividades autonómicas.....	437
3.2. Estructuras y medios administrativos para la coordinación	440
4. La participación de las comunidades autónomas en la gobernanza de la crisis sanitaria	442
4.1. El Consejo Interterritorial del Sistema Nacional de Salud. Naturaleza y funcionamiento	442
4.2. La gobernanza del Sistema Nacional de Salud. Los acuerdos del Consejo Interterritorial y su obligatoriedad.....	445
4.3. Acuerdos técnicos y decisiones políticas en la gestión de la crisis ...	448
4.4. La Conferencia de Presidentes y las Conferencias Sectoriales	452
4.5. El papel del Senado en la gestión de la crisis sanitaria	457
5. Conclusiones.....	459
5.1. La validación del modelo autonómico	459
5.2. El equilibrio de poderes: la presión parlamentaria y la debilidad del Gobierno.....	461
5.3. La gobernanza de la crisis. Coordinación y cooperación.....	462
5.4. La insuficiencia de la Conferencia de Presidentes.....	464
5.5. La interpretación de la crisis desde el paradigma autonómico	465
Bibliografía.....	468

Parte Primera
CONSIDERACIONES GENERALES

PENSAR DESDE LA PANDEMIA

Sebastián Mora
José Antonio López-Ruiz
Agustín Blanco
Universidad Pontificia Comillas

Introducción

La pandemia de la COVID-19 se está manifestando como un hecho singular, excepcional y totalizante. Aunque no es la primera ni será la última pandemia, la COVID-19 es un fenómeno sanitario, político y económico singular. Pueden ser comparables los datos epidemiológicos y las tasas de mortalidad con otras pandemias, pero la conjunción de *hiperglobalización* (Subramanian y Kessler, 2013), intensa digitalización del mundo (Sadin, 2017) e impacto económico global¹ la convierten en un fenómeno singular. Por otro lado, para hacer frente a la pandemia se han tomado medidas poco habituales, que nos han hecho vivir en un auténtico tiempo de excepción. Medidas políticas controvertidas, bajo el discutido estado de alarma, que han supuesto limitaciones amplísimas a la libertad. Para controlar la pandemia hemos aceptado, y en cierta medida reclamado, un estado de excepción democrática en muchos ámbitos de nuestra vida. Por último, la pandemia se ha presentado como un hecho social total, en el sentido de Mauss, porque ha afectado a todas las dimensiones de nuestro existir. La pandemia es un fenómeno social disruptivo que impacta más allá del ámbito sanitario para transformar la economía, las relaciones laborales, la forma de comunicarnos, las instituciones de gobierno, las cosmovisiones morales, las creencias y prácticas religiosas, el sentido de nuestro ocio, etc.

Como fenómeno singular, excepcional y totalizante la pandemia se presenta como un fenómeno “inconceputable”, en el sentido de Blumenberg, donde los relatos son más profundos que los argumentos y requiere metáforas significativas para vislumbrar la hondura de lo acaecido. Stefan Zweig, retratista de la historia en sus *Momentos estelares de la humanidad*, utilizó el concepto pictórico de “miniaturas” para recrear esos intervalos decisivos que al manifestarse “resplandecientes e inalterables como estrellas, brillan sobre la noche de lo efímero”. La pandemia, más que una miniatura, es un mural gigante que brillará como un tiempo axial para comprender el pasado y poder construir de manera consistente el futuro.

¹ El Banco Mundial sintetizaba su informe de junio de 2020 con el titular: “La COVID-19 (coronavirus) hunde a la economía mundial en la peor recesión desde la Segunda Guerra Mundial” (World Bank, 2020).

En el presente *Informe España* se analizan, desde la perspectiva de la pandemia de la COVID-19, diversos ámbitos específicos de nuestra realidad. Este capítulo pretende ofrecer una mirada más global que sirva de marco propedéutico para los análisis que se desarrollan en el resto de los capítulos. Esta mirada abarca tres dimensiones fundamentales, más allá de lo estrictamente sanitario, que se han visto interrogadas en este tiempo pandémico: la antropológica, la social y la política. La condición humana se ha visto interpelada revelando la estructura finita e interdependiente de nuestra existencia. Desde marzo de 2020 la densidad de la pregunta antropológica ha cobrado relevancia. Los límites del conocimiento, los requerimientos éticos y la pregunta por el sentido de la existencia, como ámbitos que delimitan la antropología según Kant, se han visto alterados de manera profunda. La condición humana parece que ha visto modificada su gramática vital y plantea la necesidad de nuevos interrogantes y diferentes argumentos para la vida.

En segundo lugar, la pandemia se ha mostrado como una *sindemia*² (Mendenhall, 2017) con efectos sociales de una intensidad inusitada –tal como se analiza en algunos capítulos del Informe–, que acelera y acrecienta los riesgos sociales y ecológicos con los que llevamos viviendo desde tiempo atrás. No se puede entender la pandemia de la COVID-19 sin comprender el régimen de opinión pública que se ha creado. Ha sido una pandemia retransmitida en directo, algunos autores hablan de “pandemia de datos” (Innerarity, 2021b), que ha generado un espacio público complejo y unos procesos sociales novedosos.

Por último, en estas *Consideraciones generales*, no podíamos pasar por alto el campo político y su desarrollo complejo en estos tiempos pandémicos. Muchos de los procesos políticos que se han manifestado en estos meses no son nuevos, pero sí han cobrado una especial significación. La política, en estos tiempos de perplejidad e incertidumbre, no ha estado a la altura de lo requerido. Incluso, en la opinión de la ciudadanía, ha sido más un problema que una solución. Por otra parte, el sentido cívico, más necesario que nunca, parece perderse en las tramas políticas partidistas, al mismo tiempo que ejerce y reclama un especial protagonismo para la sociedad civil.

Rebecca Solnit (2020: 9), desde el análisis de las catástrofes ecológicas y sociales, indica: “Al término de una tormenta, el aire queda limpio de las partículas de materia que enturbiaban la visión. Es entonces cuando alcanzamos a ver más lejos y con mayor claridad”. En esta pandemia los rayos y truenos parecen haber remitido en sus impactos más agudos, pero queda un fondo de niebla en el paisaje y es muy difícil “ver lejos y con claridad”. Todavía las heridas están demasiado frescas como para poder tener una visión

² Sindemia es un neologismo que acentúa la relación sinérgica entre las condiciones sociales y las epidemiológicas.

global de la situación, pero no podemos renunciar a repensar, aunque sea de forma provisoria, lo que nos está pasando como personas y como sociedad.

1. La condición humana interpelada

Edgar Morin (1999) afirmaba que era imposible conocer “quiénes somos” sin contextualizar “dónde estamos”. Decía que “interrogar nuestra condición humana, es entonces interrogar primero nuestra situación en el mundo” (1999: 23). La situación en el mundo se ha visto profundamente alterada e interpelada por la pandemia. Por tanto, la autocomprensión de quiénes somos, a dónde vamos, qué esperamos y tememos nos pone en búsqueda de nuevos yacimientos de respuestas desde nuestra condición existencial precaria.

El miedo y la incertidumbre han colonizado nuestro imaginario social, porque se han aunado los tres resortes básicos que las alimentan: la ignorancia, la impotencia y la humillación (Bauman y Donskis, 2015: 124). Si analizamos las primeras respuestas a la pandemia, descubrimos que fueron reacciones con muchas dosis de desconocimiento. Se pusieron en marcha acciones de las que íbamos comprobando posteriormente su escasa efectividad y no se aplicaron medidas que después han sido esenciales para afrontar la pandemia. Incluso hoy en día, seguimos desconociendo muchas dimensiones epidemiológicas y clínicas del virus. La investigación sobre el virus ha avanzado a un ritmo vertiginoso, inédito en el ámbito biomédico, pero los campos de desconocimiento y desconcierto no han dejado de crecer al mismo tiempo. La impotencia, el segundo ingrediente sustancial, ha sido un fenómeno que hemos experimentado de manera personal y colectiva con especial intensidad. Los cadáveres amontonados en las improvisadas morgues del mes de marzo de 2020, las miles de muertes en las residencias de personas mayores, las imágenes de los enfermos en las UCI, la construcción de hospitales de campaña y la contemplación de cientos de militares en labores de desinfección eran la representación colectiva de la impotencia compartida. De la ignorancia y la impotencia, vividas conjuntamente, surge un cierto estado de humillación colectiva. Nuestras avanzadas sociedades no son invulnerables y la sociedad calculadora ha sufrido una derrota inapelable. El mundo, desquiciado y desencajado, se dolía del golpe asestado a nuestra autoestima colectiva y en cuestión de meses las *tecnoutopías* sociales y económicas sufrían un durísimo revés.

Lo impensable estaba sucediendo. Desde hacía años se venía pronosticando la posibilidad de una pandemia vírica y se alertaba de cómo la crisis ecológica global incrementaba la probabilidad de su llegada³. Además,

³ Tal como se analiza en el siguiente apartado del capítulo.

no nos faltaban avisos previos con el SARS-CoV (2002), la Gripe Aviar –Influenza-A H1N1– (2009) y el MERS-CoV (2012), que tuvieron un desarrollo menor al esperado cuando emergieron. Sin embargo, aunque probable, pertenecía en el imaginario político y social a lo impensable. ¿Cómo va a ser posible una pandemia en los países desarrollados?, ¿cómo no vamos a responder inmediatamente desde la ciencia y la técnica? Más allá de las metáforas de “los cisnes negros” o los “rinocerontes blancos”, que se analizan en la Parte Segunda de este informe, no lo pensábamos porque no queríamos pensarlo o, mejor dicho, porque el contexto social y cultural no permitía pensar esas situaciones. En cierta medida, ocurre lo mismo en el ámbito ecológico cuando se tacha de apocalípticos, catastrofistas y antisistemas a las personas que alertan sobre las consecuencias temibles del cambio climático. No se puede pensar lo impensable. Hay ámbitos de la realidad que quedan clausurados para no enturbiar un supuesto equilibrio global.

En la Modernidad, y con especial énfasis desde los comienzos del capitalismo global, el mundo se ha mantenido sobre el proceso de *estabilización dinámica* (Rosa, 2016). Es decir, para sostener y reproducir el sistema global se necesita un crecimiento permanente (economía), la innovación constante (sociocultural) y la aceleración (técnica) creciente de los procesos sociales y económicos. Solo dinámicamente es posible estabilizarse, pero este dinamismo conlleva contradicciones internas relevantes. Esta estructura de desarrollo –estabilización dinámica– solo es posible logrando hacer “disponible” el conjunto de lo real. Como afirmaba Heidegger (2021) en sus reflexiones sobre la técnica, la mentalidad moderna no pretende cuidar el mundo con solicitud sino transformar el mundo como algo almacenable, intercambiable, distribuible, en definitiva: dominable.

Poner a disponibilidad el mundo (Rosa, 2021: 29 y ss) significa, en primer lugar, hacer visible e inteligible la totalidad de lo real, es decir, expandir el conocimiento. Conocer todo y del todo es un esfuerzo prometeico que la Modernidad se dio a sí misma para conquistar el mundo. En segundo lugar, poner a disponibilidad el mundo implica hacerlo accesible, ponerlo al alcance humano. Desde la Luna a las estructuras microscópicas deben estar a la mano, a la distancia adecuada para que sea viable su alcance. Pareja a esta accesibilidad de la realidad, en tercer lugar, aparece el intento de dominio sobre la misma. No se trata de estar cerca, sino de ponerla bajo el control de nuestras intenciones y objetivos. Por último, el dominio se despliega como utilidad. No es un mero poder por el poder, sino un poder ser utilizado.

Este ingente programa de hacer disponible la totalidad de lo real se ha encontrado con escollos técnicos y culturales profundos. La crisis ecológica, por ejemplo, nos señala las limitaciones del programa de ampliación de la disponibilidad del mundo. La realidad no es ilimitada y el dominio acaba amenazando a la realidad. Al mismo tiempo, la realidad amenazada se torna amenazante y la ampliación de la disponibilidad del mundo muestra,

paradójicamente, la constitutiva indisponibilidad del mundo (Rosa, 2021). Hay facetas de la realidad que se van tornando mudas e ininteligibles y estructuralmente no están a disposición para el dominio. La COVID-19 muestra con radicalidad el retorno de “lo indisponible” del mundo. En la carrera por dominar el mundo, por hacer disponible la totalidad de lo real, nos topamos con la experiencia colectiva de la indisponibilidad. No por carecer de un conocimiento científico preciso, que puede ser cuestión de tiempo, sino por la vivencia personal y colectiva que nos enfrenta con la precariedad de la condición humana. La realidad amenazada se ha tornado amenazante para una condición humana que naufraga en los mitos de omnipotencia con los que se había representado. La pandemia está siendo un catalizador acelerado de las interpelaciones sobre la condición humana que venían desvelándose en las últimas décadas y que nos exigen reinterpretarnos como humanidad. Cada día somos más consciente que “no es lo mismo ‘habitar’ que ‘dominar’ el mundo” (Mèlich, 2021:16) y con nuestra ansia de dominación hemos construido un mundo inhóspito que se manifiesta con especial virulencia en tiempos de excepción.

1.1. La condición humana vulnerable

La vulnerabilidad humana es un tema recurrente en el pensamiento de los últimos años. La filosofía (Levinas, 1993; MacIntyre, 2001; Ricoeur, 2008) ha reflexionado sobre la herida esencial que somos; la bioética (Feito, 2007; Páez Moreno, 2017; Solbakk, 2011) la ha constituido en uno de sus principios básicos en la *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos*⁴; para la filosofía política se ha convertido en un eje esencial de su pensamiento disruptivo (Butler, 2006); y la sociología de la pobreza (Castel, 1995) se ha servido de ella para explicar los procesos de exclusión y desigualdad social. Desde diversas disciplinas y orientaciones muy dispares se ha prestado mucha atención, desde hace años, a la vulnerabilidad de lo humano y la vulnerabilidad que sufren muchos humanos. Sin embargo, a partir de la COVID-19 la vulnerabilidad se ha convertido en un referente colectivo que expresa la condición existencial de nuestra época. La caída de la disponibilidad del mundo, tal como mencionábamos anteriormente, la impotencia colectiva, el sufrimiento dilatado y el principio incertidumbre que nos aborda se representan desde la condición vulnerable que somos y sufrimos.

La *tecnoutopía posthumana* era la referencia anhelada en los tiempos precedentes a la emergencia de la pandemia. Estas *tecnoutopías* no descansaban en ninguno de los ideales clásicos del pensamiento político sobre el progreso de la humanidad. Más bien planteaban un cambio de paradigma

⁴ Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Disponible en: http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=31058&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html

prometiendo un salto al paraíso de manera disruptiva (Coenen, 2016). “El cielo ya no se conquista por asalto revolucionario”, en expresión usada por Marx, sino por un salto innovador desde el mundo de las NBIC⁵. Los diferentes transhumanismos o posthumanismos se presentaban como una propuesta de revolución pacífica que nos llevaría a una existencia sin dolor, sufrimiento o enfermedad (Ferry, 2018). Estábamos a “un salto” de recrear la naturaleza humana (Haraway, 1995) y liberarnos de este costoso mundo de la fragilidad gracias a los permanentes avances innovadores, pero llegó el coronavirus.

Como explicaba Antonio González “en realidad, en las utopías del post-humanismo permanece una fuerte impronta del platonismo occidental. Lo que se pretende, en definitiva, es una huida de nuestra carne, para ir a un cielo no biológico” (González, 2017: 131). Una búsqueda incesante de naturalezas sin mundanidad, que, como dice Riechman (2016), son una reformulación del mito gnóstico que nos ha acompañado, desde diversas formulaciones, en la cultura occidental.

La vulnerabilidad (de *vulnus*, “herida”) implica, por tanto, fragilidad biológica, dependencia y relación. Ser vulnerable es estar expuesto a “ser herido” y no ser capaz de sobrevivir al margen de la hospitalidad de los otros (bien lejos de la utopía transhumanista). “Somos, desde el inicio, seres necesitados de acogimiento porque somos finitos, contingentes y frágiles, porque en cualquier momento podemos rompernos, porque estamos expuestos a las heridas del mundo” (Mèlich, 2014: 314).

Javier de la Torre (2020) plantea cuatro dimensiones antropológicas de la vulnerabilidad humana: corporalidad, emociones, vínculo y cuidado. Estas dimensiones se han visto agigantadas en la época pandémica que sufrimos. La corporalidad de la condición humana la hemos sentido de manera penetrante experimentando la debilidad de los cuerpos que somos. La “huída biológica” se mostraba como una ficción atrayente que tropezaba en las morgues de campaña y las UCI abarrotadas de los hospitales. La exposición corporal remitía a la desnudez –fragilidad– que nos constituye estructuralmente.

Los cuerpos fragilizados suscitan emociones intensas, paradójicas e incontroladas en muchas ocasiones. Los meses que llevamos de pandemia han supuesto una carga emocional continua. Nos hemos visto expuestos a situaciones durísimas, especialmente las personas encargadas de los cuidados, donde la mezcla de impotencia y dolor se acumulaba. De manera desconocida, para la inmensa mayoría de la población, nos hemos topado con situaciones dramáticas de enfermedad y muerte. Al mismo tiempo, la

⁵ Acrónimo en inglés de Nanotecnologías, Biotecnologías, Tecnologías de la información y Ciencias cognitivas

distancia social exigida por las medidas de prevención frente a la COVID-19 nos ha alejado de los seres queridos en momentos vitales excepcionales. Como expone Mélich, “la ausencia de sentido y la ausencia del otro. La sensación de no poder inventarnos un espacio cordial, de no poder habitarlo, de existir en un mundo mudo y vacío posee nuestros cuerpos hasta el punto de provocar heridas que no solo no podrán curarse, sino que ni siquiera llegarán algún día a cicatrizar” (2021: 13).

Al impacto emocional sufrido por la cercanía del dolor se ha sumado la desesperación de no poder acompañar de manera cercana el dolor de nuestros seres queridos. Presencia y distancia, cercanía y ausencia han desplegado una energía afectiva agotadora. La fatiga emocional, que puede adquirir proporciones pandémicas, nos acompaña desde el inicio de la COVID-19 con distintas manifestaciones que van desde el confinamiento a la espera cíclica de las sucesivas olas de expansión del coronavirus.

La vulnerabilidad se expresa desde la necesidad del vínculo. Somos animales dependientes (MacIntyre, 2001) y nos constituimos en relación. El ideal ansiado de la racionalidad autónoma e independiente que el individualismo ha promovido pasaba por encima de nuestra constitutiva interdependencia. La COVID-19 ha puesto sobre la mesa la relacionalidad estructural de la vida y la necesaria vinculación para la existencia (Amo y Gómez, 2020). Esta necesaria vinculación se despliega desde la categoría del cuidado (Tronto, 1993) porque la condición humana cuida y requiere de cuidados. Si antes de la pandemia teníamos una conciencia plena del déficit de los cuidados en nuestras sociedades, en estos momentos los cuidados se constituyen como una categoría central de las mismas (Laguna, 2021; Tronto, 2013). Vinculación e interdependencia que es necesariamente también *ecodependencia*, porque no somos viables sin la Madre Tierra.

Como los generales romanos cuando entraban victoriosos en la capital del Imperio, hemos escuchado, desde el rumor de un virus, la lapidaria expresión: *Respice post te! Hominem te esse memento*⁶. La fragilidad es un principio constitutivo para poder recrear una sociedad más cohesionada y justa, lejos de los sueños gnósticos de incorporeidad pero cercana a la pequeñez humana.

1.2. ¿La emergencia de la comunidad?

Rebecca Solnit, en un sugerente libro titulado *Un paraíso en el infierno: las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre*⁷, analizaba la

⁶ ¡Mira tras de ti! Recuerda que eres un hombre. La sentencia más conocida es *Memento mori* (recuerda que morirás).

⁷ La edición original inglesa es de 2010. La traducción castellana es de 2020 y añade un escrito inicial sobre la pandemia de la COVID-19.

resiliencia comunitaria que surge tras las catástrofes. Afirmaba que “tras un terremoto, un bombardeo o una tormenta particularmente destructiva, la mayoría de la gente se comporta de manera altruista y se entrega inmediatamente al cuidado de sí misma y de quienes la rodean, sean vecinos, extraños o amigos y personas queridas. La imagen del ser humano egoísta, que sucumbe al pánico, que vuelve a un estado violento y salvaje durante una hecatombe, tiene muy poco de real” (Solnit, 2020: 23-24).

Su investigación y los análisis de la sociología de las catástrofes le llevaba a dicha constatación. Para ella en contextos de riesgos extraordinarios se “abre una rendija a un mundo de nuevos yoes posibles, de un nosotros mejor. Cuando la normalidad se resquebraja y las rutinas del sistema se hacen añicos, la gente da un paso al frente –no toda, pero sí la gran mayoría– para hacerse guardián de su hermano” (Solnit, 2020: 25).

Cuando analizamos la realidad actual no acabamos de resolver si esta capacidad resiliente, analizada por Solnit, se ha consolidado en estos tiempos excepcionales o más bien se ha debilitado. Para algunos autores, en contraposición a Solnit, el miedo disuelve el nosotros. El estado de excepción difumina el nosotros gravemente. Agamben, en los inicios de la pandemia, afirmaba: “Es evidente que los italianos están dispuestos a sacrificar prácticamente todo, las condiciones normales de vida, las relaciones sociales, el trabajo, incluso las amistades, los afectos y las convicciones religiosas y políticas ante el peligro de caer enfermos. La nuda vida y el miedo a perderla no es algo que una a los hombres, sino que los ciega y los separa”⁸.

El mismo dictamen exponía Byung-Chul Han (2020 a) en aquellos inicios de la pandemia. “El virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada uno se preocupa solo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa”.

Sin embargo, en la misma época, otros autores como Paolo Giordano (2020) afirmaba que la epidemia nos hace vivir como un solo organismo en su dinámica de defensa contra el virus. “En tiempos de contagio somos parte de un único organismo; en tiempos de contagio volvemos a ser una comunidad”. Hoy en día, sin la emocionalidad tan a flor de piel, no acertamos todavía a vislumbrar cómo quedará nuestra raíz comunitaria tras la pandemia⁹. Lo que sí debemos reconocer es que la resiliencia

⁸ Disponible en <https://www.quodlibet.it/giorgio-agamben-chiarimenti> (traducción propia).

⁹ En el apartado 3.2 de este capítulo cuando analizamos “la cultura cívica y la solidaridad” llegamos a la conclusión, que se desprenden de los datos, siguiente: “somos solidarios y cívicos en situaciones extremas o cuando estamos obligados a serlo”, pero rebajamos mucho la

comunitaria debe crecer con esfuerzo y cuidado. Es un tesoro que, aunque surja con cierta espontaneidad frente al desastre humanitario, debemos potenciar, promover y alentar.

En el mismo horizonte de Solnit, pero desde la perspectiva de la movilización social, está muy analizado, especialmente desde la Gran Recesión, como en tiempos de crisis económicas y sociales emergen iniciativas innovadoras para afrontar los efectos de estas (Kousis, 2017; Zamponi y Bosi, 2018). En España ha sido especialmente relevante el florecimiento de iniciativas vecinales que desde la proximidad y la autoorganización han enfrentado los efectos sociales de la crisis pandémica (Vidal, 2021). Como se analiza en el capítulo 4, la labor de las organizaciones del Tercer Sector ha sido enorme y se ha visto enriquecida por la emergencia de estas redes de proximidad, menos formalizadas y más arraigadas en lo local. Aunque todavía las investigaciones son muy parciales, podemos afirmar que se trata de un fenómeno social con una importante implantación. Por ejemplo, en la Comunidad de Madrid fueron atendidas más de 100.000 personas desde marzo de 2020 hasta mayo de 2021. En torno a 76 redes vecinales (63 en Madrid capital) ayudaron con alimentos y bienes de primera necesidad a más de 30.000 familias. Una aportación enorme que se desarrolló gracias al trabajo de 6.000 personas¹⁰. En Barcelona¹¹, como ciudad paradigmática, las *Xarxes de suport veïnal* (Navarro, 2021) están aportando una ingente labor. Fueron iniciativas innovadoras que tuvieron capacidad de movilización social y consiguieron muchos recursos en un tiempo muy escaso. Pero más allá de esta capacidad movilizadora de recursos humanos y materiales, la dinámica relacional produjo “un patrimonio inmaterial que construye una necesaria riqueza no material” (Navarro, 2021) para la resiliencia comunitaria. Parece que la COVID-19 puede abrir nuevas formas de solidaridad de proximidad y resiliencia comunitaria necesarias antes de la pandemia, durante la misma y en las “nuevas normalidades”.

Esta relacionalidad de proximidad está siendo especialmente acompañada de la tecno-relacionalidad digital. El mundo digital nos permitió hablar con los familiares y las amistades, despedirnos por pantalla de nuestros seres queridos, llevar el puesto de trabajo a los salones de nuestros hogares –teletrabajo–, mantener los procesos formativos en las escuelas y universidades, organizar las medidas de salud pública, organizar las redes

tensión solidaria cuando disminuye la excepcionalidad. En el estudio del CIS 3325 la población se inclinaba a que la pandemia suponía un incremento de la solidaridad: los mayores de 65 y más años en un 61%, los de 55 a 64 años en un 53% y los jóvenes entre 18 y 24 años en un 49%.

¹⁰ Datos preliminares del estudio de la FRAVM sobre Redes vecinales-comunitarias. Disponible en: <https://aavvmadrid.org/noticias/las-redes-vecinales-distribuyen-alimentos-a-mas-de-50-000-personas-en-toda-la-region/>

¹¹ Se puede consultar <https://suportpopular.org/> y <https://www.solivid.org/> para hacernos cargo de la magnitud.

vecinales mencionadas y un largo etcétera. Sin embargo, la co-existencia que posibilitaba la tecnología digital no se convierte automáticamente en convivencia. Como afirma Han (2014: 28) “los habitantes digitales de la red no se congregan. Les falta la intimidad de la congregación que produciría un nosotros. Constituyen una concentración sin congregación, una multitud sin interioridad, un conjunto sin interioridad, sin alma o espíritu”. La condición humana interpelada por la pandemia, más allá de la necesaria conexión, requería alma, interioridad y sentido que no proporciona el “enjambre digital” (Han, 2014).

Desde hace años se está produciendo una enorme mutación en el mundo digital, que “de colmar las insuficiencias del cuerpo de acuerdo con una dimensión prioritariamente protésica, de modo progresivo, fue asumiendo la carga inédita de gobernar de forma más masiva, rápida y racional a los seres y las cosas” (Sadin, 2017: 22-23). Como el mismo autor plantea, brota un “discernimiento algorítmico” gestionado por agentes despersonalizados pero que gobiernan gran parte de nuestra existencia. Y no podemos olvidar que esta gobernanza algorítmica tiene profundos intereses económicos tras ella. La economía del dato se convierte en “la economía integral de la vida integral” (Sadin, 2018: 28) sin que exista una recepción crítica de la misma. La subjetividad disminuida, que criticó Marx en sus *Manuscritos*, ha quedado como modelo organizativo ideal. En los inicios de la pandemia los modelos deseados por la población estaban más cercanos al “panóptico digital” que al compromiso comunitario en la salud pública.

Es indudable que la pandemia nos ha hecho reconocer la absoluta necesidad del mundo digital; ahora bien, también interpela a nuestra conciencia crítica sobre la peculiar vinculación relacional que emerge del mismo, que sigue siendo insuficiente para la condición humana vulnerable. Condición humana necesitada de cuidados, afectividad, ternura y alma. Además, somos más conscientes del entramado ideológico, y no simplemente tecnológico, que existe en el tecnoliberalismo digital.

1.3. *Marcos de guerra contra el virus*

La metáfora de la guerra ha sido constante en los discursos políticos y sociales durante la pandemia. Con especial intensidad en la primavera de 2020, las arengas, acompañadas de imágenes de militares luchando con escasos medios contra el virus, establecieron un marco de guerra. El tiempo cotidiano se interrumpió para entrar en una época de excepcionalidad y emergencia. Era una lucha a vida o muerte entre una población atónita y un microscópico pero poderoso virus. Este marco de guerra estableció el objetivo: la supervivencia. El imperativo humanitario (Sphere, 2018) con el propósito de aliviar el sufrimiento y salvar vidas representaba la

dimensión ética de la guerra. La vida, tantas veces amenazada, se convirtió en el valor por excelencia, el valor absoluto que justificaba cualquier otra dimensión humana.

Ahora bien, “en el momento en que la vida se convierte en el valor por excelencia, el valor absoluto, al cual cualquier otro debe estar subordinado, se puede pensar que también el sacrificio de una porción de vida pueda ser necesaria para el desarrollo de este valor” (Esposito, 2009: 136). En una línea parecida Hanna Arendt alertaba del uso totalitario que podría subyacer bajo políticas de preservación de la vida, o mejor, de algunas vidas (Arendt, 1997: 97). En este sentido, parece que existieron porciones de vida sacrificables cuando muchas de nuestras personas mayores fueron invisibilizadas en las residencias para mantener el “carácter absoluto de otras vidas”. En un “marco de guerra” se decide qué vidas merecen ser lloradas y cuáles pueden caer en el olvido (Butler, 2010). Las respuestas dadas al sufrimiento distan mucho de ser homogéneas y equitativas. No somos tratados igual en nuestros padecimientos; hay una hegemonía social que define qué sufrimientos cuentan y cuáles no. Hay una exclusión de los sufrimientos de los grupos considerados subalternos por alguna característica étnica, de edad, posición social, etc. (Madrid, 2010: 13).

Además, esta política de supervivencia elude que la vida de las personas no se puede reducir a procurar las condiciones de posibilidad de su existencia. Compartiendo con una residente de un recurso sociosanitario para personas mayores, muy castigada por el virus, me decía que “había logrado sobrevivir, cosa muy distinta a vivir”. La vida no es mera supervivencia, la vida requiere marcos de significatividad para alentar la condición humana integral. Agamben (2016), partiendo de la distinción griega entre *zoe* y *bios*, describe como “nuda vida” (*zoe*) las vidas despolitizadas, de no ciudadanía plena, aunque sobrevivan biológicamente. En el fondo estas vidas se presentan como vidas sacrificables, que pueden ser apartadas y subordinadas. Cuando el horizonte vital es la “nuda vida” –la mera supervivencia– la sociedad es sacrificable.

El coronavirus no puede ocultar las dimensiones integrales que reclama la condición humana y justificar que nos refugiamos en un permanente estado de emergencia para procurar la mera supervivencia. La condición humana, vulnerable y carnal, necesitada de las estructuras básicas para la supervivencia, se eleva reclamando dimensiones significativas para la existencia. Vivir, podemos decir, es supervivencia con sentido.

1.4. La experiencia religiosa en tiempos pandémicos

Poco tiempo antes de la pandemia el prolífico filósofo Byung-Chul Han escribió *La desaparición de los rituales*. La obra muestra una genealogía

del desplome de los rituales en las sociedades modernas. Esta desaparición, según el autor coreano-alemán, no es un logro emancipatorio, sino una pérdida comunitaria esencial. Para él los rituales son “acciones simbólicas que transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una comunidad, generan una comunidad sin comunicación, mientras que lo que predomina hoy es una comunicación sin comunidad” (Han, 2020b: II). Durante la pandemia hemos repetido con desesperación la imposibilidad de las despedidas de nuestros seres queridos. Hemos sentido que abandonábamos a nuestros familiares más cercanos sin la ternura de nuestra presencia y sin los rituales que nos permiten vivir las experiencias límite de manera menos dolorosa. Como dice el mismo autor, los rituales transforman el estar en el mundo en un “estar en casa”, los ritos nos ayudan de manera simbólica a convertir en habitable un mundo inhóspito.

Las medidas preventivas de distancia física, que acabaron convirtiéndose en distancia social y humana como se verá en el siguiente apartado, nos arrebataron la posibilidad de gestionar nuestras contingencias con la ayuda de las mediaciones rituales. Seguimos viviendo con nostalgia las despedidas no celebradas que reclaman formas simbólicas para desplegarlas.

En este sentido, fue novedoso el “acto *in memoriam* oficial” celebrado, como homenaje y despedida a las víctimas, en la explanada del Palacio Real de Madrid. Fue la primera vez que una celebración de este tipo ha tenido lugar en España y representaba la necesidad de “recordar, reconocer, respetar y despedir” a miles de personas que habían fallecido víctimas de la pandemia¹².

En este contexto de miedo e incertidumbre, de experiencia profunda de la vulnerabilidad humana y con la necesidad de mediaciones simbólicas para la existencia podíamos pensar que la experiencia religiosa habría emergido con fuerza. Norris e Inglehart (2011) propusieron la *existential insecurity theory* (teoría de inseguridad existencial), que plantea que los sentimientos de vulnerabilidad frente a los riesgos físicos, sociales y personales son un factor fundamental para el incremento de la religiosidad (2011: 4). Proponían esta teoría para demostrar como en los países pobres, con un número mayor de personas en riesgo, la religiosidad aumentaba. La COVID-19 ha supuesto un incremento notable del sentimiento de vulnerabilidad y la hipótesis podía sugerir un incremento del sentimiento religioso.

Sin duda, un hándicap relevante para la religiosidad en los primeros meses de la pandemia fue la imposibilidad o amplía limitación para

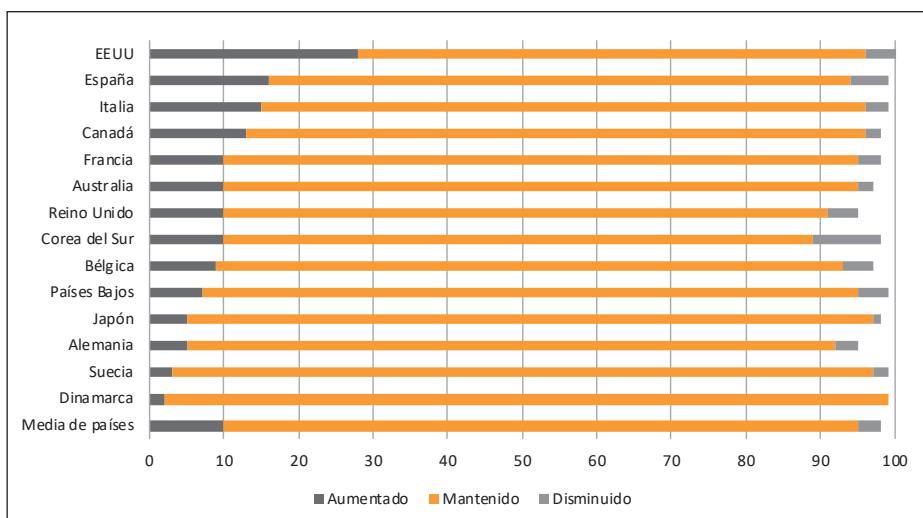
¹² Jurídicamente el concepto funeral de estado no sería aplicable a este caso. De hecho, José María Contreras, Catedrático de Derecho Eclesiástico del Estado de la Universidad Pablo de Olavide, habla de un acto *ex novo* sobre el que habrá que legislar en el futuro.

celebrar ceremonias religiosas. Florecieron un sinnúmero de iniciativas desde diferentes plataformas digitales para seguir viviendo la experiencia religiosa en la comunidad virtual. La dimensión comunitaria sigue siendo relevante para la práctica religiosa y esta dimensión se veía notablemente alterada.

Los momentos de turbación que vivíamos eran un contexto favorable para la pregunta religiosa o al menos eso atisbábamos intuitivamente. Sin embargo, si nos asomamos a algunos estudios realizados, parece que la experiencia religiosa solo ha sido significativamente relevante para las personas que ya eran creyentes practicantes. Es decir, para las personas creyentes de diversas confesiones sí ha supuesto la COVID-19 un aumento del sentimiento religioso. Ahora bien, no ha significado un cambio sustancial en la tendencia previa a la crisis pandémica.

En un estudio del Pew Research Center (2021) realizado en 14 países de economías avanzadas se constata que el sentimiento religioso durante la pandemia se ha mantenido relativamente estable (gráfico 1). Solo EE.UU., con un 28% de personas que dicen que su sentimiento religioso ha aumentado, es destacable. Le siguen España e Italia, pero a una distancia de más de 10 puntos porcentuales.

Gráfico 1 – Evolución en algunos países del sentimiento religioso durante la pandemia



Fuente: elaboración propia a partir de Pew Research Center (2021).

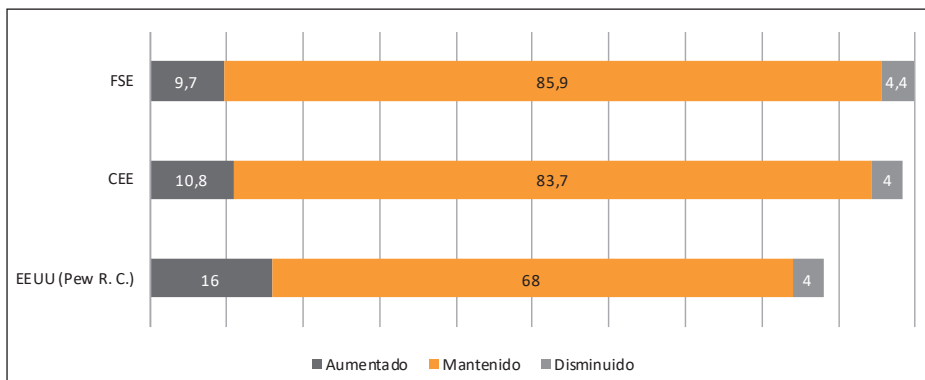
En España, al comparar el análisis del Pew Research Center (2021) con el estudio de la Conferencia Episcopal Española (CEE), a través del

Secretariado del Sosteenimiento de la Iglesia (2021), y con el informe elaborado por Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez (2021) para la Fundación Europea Sociedad y Educación (FSE) observamos que la tendencia es muy similar. El sentimiento religioso mayoritariamente se ha mantenido durante la pandemia (gráfico 2). El análisis internacional del Pew Research Center tiene mayor estimación de las personas que han aumentado, aunque su representatividad es menor y las personas que no contestan también es superior. Los otros dos estudios muestran datos muy similares (9,7% FSE y 10,8% CEE)¹³.

Según los datos existentes (gráfico 3), el sentimiento religioso solo se ha incrementado significativamente entre las personas que eran creyentes practicantes. Los católicos practicantes y los creyentes de otras confesiones en España muestran un aumento de su sentimiento religioso, pero para los no creyentes no ha supuesto un incremento relevante de su sentimiento religioso. La secularización sigue su curso a pesar de las situaciones límite que vivimos.

Pero, a pesar de este aumento del sentimiento religioso entre los creyentes, la necesidad de ayuda de Dios (así formulado en los estudios) entre los creyentes no ha sido tampoco relevante (gráfico 4). En general, la estabilidad ha sido la nota predominante en el ámbito de la expresividad religiosa.

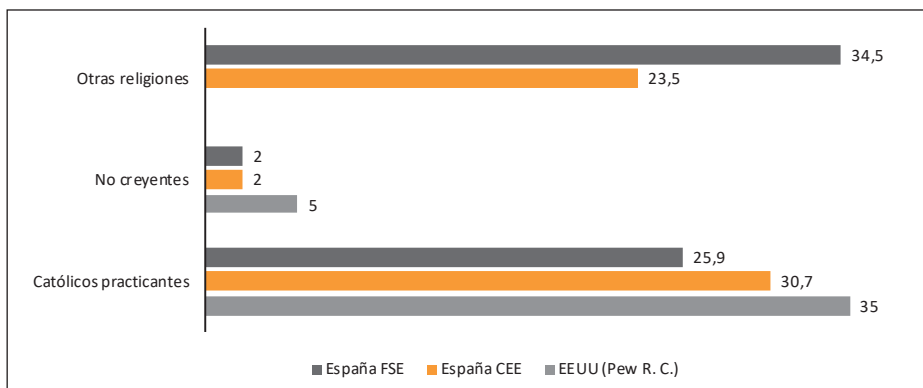
Gráfico 2 – Evolución del sentimiento religioso durante la pandemia en España



Fuente: elaboración propia a partir de Pérez-Díaz y Rodríguez (2021); Pew Research Center (2021) y Secretariado de Sosteenimiento de la Iglesia (2021).

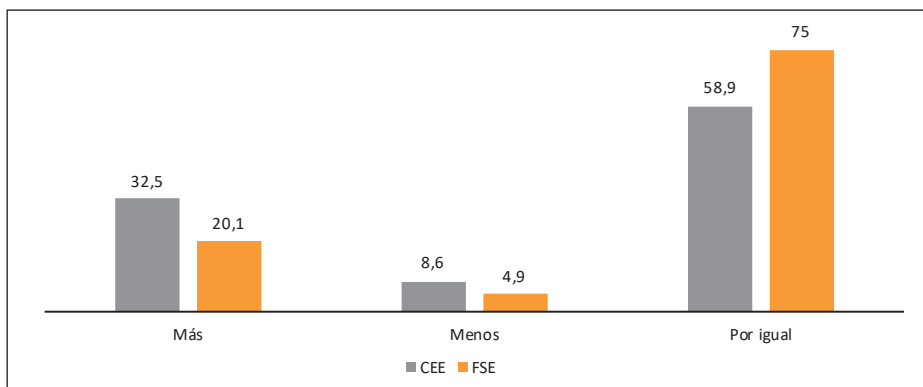
¹³ También el CIS coincide en este dato con un crecimiento del sentimiento religioso del 9,3% (CIS 3324 mayo 2021). En la tabla 2 se puede observar que el crecimiento del sentimiento religioso es el dato menos relevante en el cambio de “costumbres y formas de pensar” de los españoles, con una diferencia de más de 20 puntos con el penúltimo.

Gráfico 3 – Incremento del sentimiento religioso durante la pandemia según creencias



Fuente: elaboración propia a partir de Pérez-Díaz y Rodríguez (2021); Pew Research Center (2021) y Secretariado de Sostenimiento de la Iglesia (2021).

Gráfico 4 – Necesidad de la ayuda de Dios durante la pandemia (solo creyentes)



Fuente: elaboración propia a partir de Pérez-Díaz y Rodríguez (2021) y Secretariado de Sostenimiento de la Iglesia (2021).

Sin duda son necesarios análisis más globales, de signo cualitativo y que incorporen formulaciones más amplias que integren la interioridad y espiritualidad, para comprender la significación religiosa de la pandemia. Incluso estos mismos datos pueden tener una lectura distinta haciendo énfasis en el grupo entre el 9% y el 10% que ha intensificado sus prácticas. Pero no deja de ser significativo que en tiempos tan excepcionales el sentimiento religioso muestre una estabilidad tan evidente. El mundo desbordado de la pandemia no ha tenido, parece ser, un correlato en el ámbito religioso. Las personas vulnerables, necesitadas de rituales y mediaciones para gestionar la incertidumbre, no hemos encontrado respuestas en el ámbito religioso, al menos de manera significativa.

2. La pandemia como crisis social en una sociedad de riesgos

Desde hace un año y medio la vida pública y social tienen un denominador común en la pandemia, estando tan presente en la vida cotidiana como en la palestra política, la economía o los medios de comunicación y redes de todo tipo que lo describíamos como fenómeno singular, excepcional y totalizante. Estamos probablemente ante un período histórico que se verá en el futuro como una transición final o quizá incluso el cénit de esa sociedad de la incertidumbre y del riesgo mundial que caracterizaban los sociólogos finiseculares. Al alcance de los daños sociales provocados por la Gran Recesión en la primera década del siglo, se une la pandemia en este inicio de la segunda década, dos episodios de la historia reciente que se pueden ver como una nueva escenificación del riesgo mundial asociado a la globalización (Beck, 2008). Las consecuencias de la crisis sanitaria y su gestión sobre la salud pública, la economía y el empleo, o la educación, se suman a los riesgos de otras amenazas, como las nucleares o climáticas, unos riesgos característicos del siglo pasado que han sido heredados por el que entra ahora en su tercera década.

Tras la última crisis económica de escala mundial, con la pandemia provocada por la COVID-19, los crecientes problemas climáticos, el aumento de la desigualdad social, la deslegitimación de la política y los políticos, el auge de los populismos, las crisis migratorias, los conflictos internacionales, se dan muchos ingredientes para pensar que estamos ante una coyuntura de elementos sociales que no lleva precisamente hacia la sostenibilidad y el equilibrio a gran escala. Más bien todo lo contrario.

2.1. Los riesgos sociales y la pandemia

Los riesgos son acontecimientos futuros posibles, que amenazan y se hacen un lugar en la visión del mundo de los ciudadanos, en sus mentes y en su forma de actuar, presionando sobre la opinión pública; sin embargo, tanto en el caso de la pandemia como en esos otros riesgos que ya existían, parece que no llegan a ser una fuerza política suficientemente transformadora. Solo cuando los riesgos se materializan en realidades, como ha ocurrido con la pandemia ahora o con la crisis económica antes, se reconoce que eran unos riesgos previsibles, anticipados y, en muchos casos, anunciados, pero que plantean problemas no suficientemente prevenidos.

¿Se anunció la posibilidad de una pandemia, se sabía algo del tipo de escenarios –nacional, internacional y mundial– que plantearía? Claramente la respuesta es que sí. El fundador de Microsoft, Bill Gates, multimillonario y filántropo, después del brote de ébola en África, predijo en el año 2015 en una video-charla de ocho minutos que no estábamos listos para “la próxima epidemia”, una epidemia que caracterizaba como la mayor amenaza con la

que convive hoy el mundo. La comparaba con la amenaza nuclear durante la guerra fría, anunciando que posiblemente en los siguientes años mataría a millones de personas, provocando más muertes que las guerras y los misiles¹⁴. Aunque en términos globales no llega a tantas muertes, si se comparan los 4,5 millones de muertes a escala mundial a fines de septiembre de 2021 con los 70 millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial, no se equivocaba para el caso de España¹⁵. La mortalidad en el año 2020 ha sido la más alta en 80 años, desde tiempos de la Guerra Civil (con un aumento de las defunciones del 17,7% respecto al año anterior), a lo que se añade una natalidad de las más bajas en décadas (con un descenso del 5,9%), casi la mitad de los matrimonios que el año anterior y registrando el cuarto año consecutivo de crecimiento vegetativo de la población negativo, con cifras para 2020 que casi triplican las de los dos años anteriores (INE, 2021). Y no se equivocaba Gates tampoco en el diagnóstico sobre la escasa inversión en medios y medidas para actuar contra ese tipo de contingencia, si se compara con los mecanismos de disuasión nuclear. El mundo adolecía de un sistema de actuación eficaz para una situación de pandemia, algo que quedaría en evidencia en las denuncias y testimonios de los pocos expertos que estaban monitorizando la emergencia de riesgos víricos y casos infecciosos en el mundo, entrevistados en la serie de documentales *Pandemia* emitida por Netflix casualmente poco después de que se iniciara la propagación del coronavirus (Castro *et al.*, 2020) e interrumpida ante la crudeza de las circunstancias reales de la propagación de la pandemia.

La primera predicción precisa sobre el peligro de mutación de un coronavirus de contagio respiratorio que pasaba desde animales –en este caso murciélagos– a la población humana data del año 2007 y es un artículo firmado por científicos chinos (Cheng *et al.*, 2007). Los únicos científicos occidentales que estaban en los años siguientes trabajando para cazar nuevos virus en el medio natural que supusieran una amenaza en 31 países, incluida China, sufrieron progresivos recortes en la financiación hasta llegar al cierre en otoño de 2019, precisamente antes de que se iniciara el brote de la COVID-19 que daría origen a la pandemia¹⁶.

Riesgo social y ansiedad personal se juntan en una configuración de la vida cotidiana que parece mostrar un *nuevo malestar de la cultura*, una

¹⁴ Se puede ver el vídeo publicado en 2015 en la plataforma TED (Technology, Entertainment and Design), disponible en: https://www.ted.com/talks/bill_gates_the_next_outbreak_we_re_not_ready?language=es#t-1595.

¹⁵ Si bien la tendencia actual es de descenso mantenido de la cifra global de contagios y muertes, a principios de este mismo año todavía se estaba alcanzando los picos en las estadísticas de mortalidad causada por esta enfermedad, según *Coronavirus Resource Center*, de la Johns Hopkins University (disponible en <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>) y la OMS (disponible en <https://covid19.who.int/>).

¹⁶ Smith y Undark (2020): “Coronavirus Researcher Tried to Warn Us”, en *The Atlantic*. Disponible en <https://www.theatlantic.com/health/archive/2020/06/scientists-predicted-coronavirus-pandemic/613003/>.

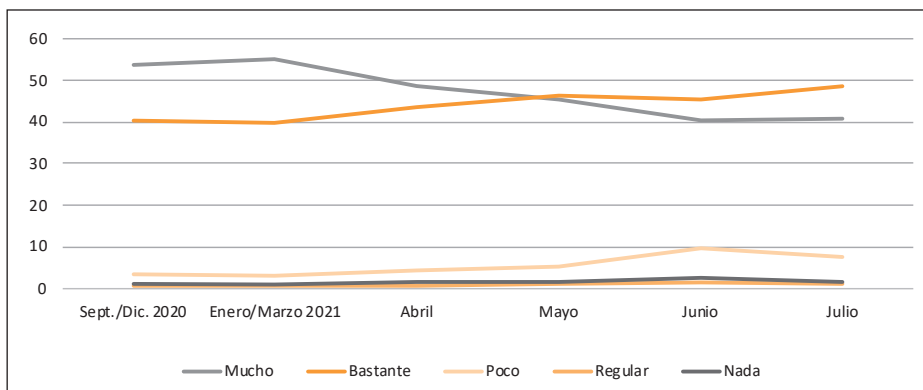
nueva crisis en la Modernidad que puede desembocar en lo que se ha descrito como una inseguridad ontológica (Rodríguez Ibáñez, 1998), con un alto grado de ansiedad propio de las consecuencias de la Modernidad. Con esta pandemia generada por el coronavirus, puede que hoy la sociedad se caracterice, aún más que lo que lo hacía en el siglo anterior, por su alto grado de neurosis respecto a asuntos de seguridad y por mostrarse algo “paranoica con relación a la hostilidad y las negras intenciones del entorno” (Bauman, 2009: 273). Una sociedad que podría estar transitando a una situación sociológica en la que los sentimientos prevalentes ante el horizonte social se transforman en temores y miedos que se pueden tomar como síntomas de esa incertidumbre perturbadora (Bude, 2017; Huesca, 2021) y en la que se extiende un cierto declive de la razón junto al auge del sentimiento, una tendencia según la cual se diría que las emociones se adueñan de la sociedad y la política (Davis, 2019). El confinamiento ha enfrentado a las personas a una soledad primigenia, al miedo a perder la libertad y a la libertad misma, a la rescindibilidad de todas las relaciones sociales, pero también a los miedos ligados a las experiencias de pérdida de seguridad en lo laboral y económico, a la pérdida de la tan preciada salud y equilibrio interno, una conjunción de miedos que puede amenazar el bienestar de las personas acercándolas al conflicto neurótico. Por el contrario, la soledad también puede haber permitido conectar con el yo sensible y capaz de compadecerse de los demás, con su aspiración a autorrealizarse y buscar la acogida, y a buscar que los demás lo refuercen, una forma de ser que en definitiva también existe desde el principio en la construcción social de la realidad.

Los problemas que suscita la pandemia, unidos a los que producen las otras amenazas o riesgos globales a escala planetaria con los que convive actualmente el ser humano en todas las sociedades, hacen pensar en la necesidad de re-valorizar una sociología de los desafíos sociales (Martucelli y Santiago, 2017). Una sociología imaginativa, que afronte explicativa e interpretativamente los problemas sociales y naturales causados por la civilización actual y que, de forma crítica, plantee las vías de acción y conciencia reflexiva necesarias para revertir los daños y procesos que amenazan el equilibrio en ambos ámbitos, natural y social, pues aún estamos a tiempo de hacerlo.

2.2. Opinión pública y pandemia

Pensando en todos los efectos de esta pandemia, la crisis del coronavirus ha preocupado mucho a los españoles, según reflejan todos los barómetros del CIS, si bien a partir de marzo y abril del 2021 se observa una modulación de la preocupación, pasando de ser más los que opinan que les preocupa bastante que los muy preocupados por los efectos de esta pandemia (gráfico 5). En general esta preocupación resulta algo menor entre los menores de 35 años, mientras que es algo mayor en las grandes capitales que en los municipios de menor tamaño.

Gráfico 5 – Evolución del grado de preocupación por la crisis del coronavirus. Septiembre 2020/julio 2021

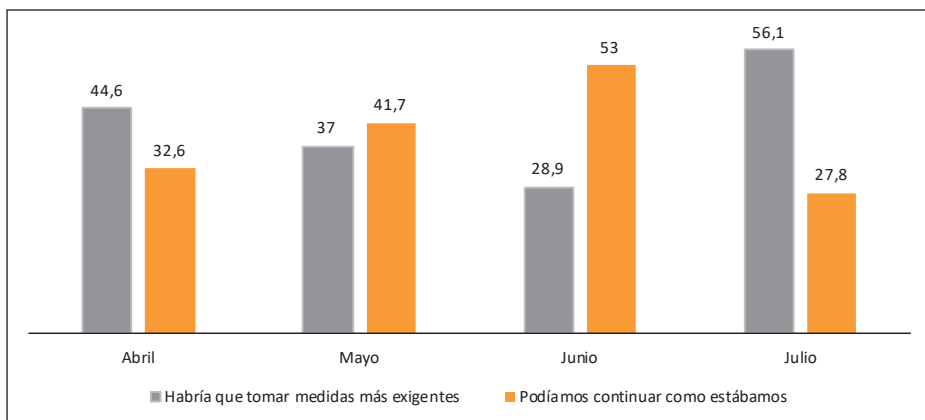


Nota: los datos de septiembre/diciembre 2020 y enero/marzo 2021 reflejan el acumulado de los barómetros de esos siete meses.

Fuente: elaboración propia partir de los barómetros del CIS.

La mayoría de la población (55,8%) opina que el Gobierno español y los Gobiernos de las comunidades autónomas deberían haber tomado medidas más estrictas desde el inicio de la pandemia y menos de la tercera parte de los españoles representados en la encuesta considera que las medidas fueron las “adecuadas y necesarias” (CIS 3324, mayo 2021). Alrededor del 70% de los entrevistados en los barómetros considera que la lucha contra la pandemia debe estar liderada tanto por el Gobierno español como por las comunidades autónomas. Las oscilaciones de la situación sanitaria que reflejan las subidas y bajadas de contagios, ingresos en hospitales y fallecimientos denominadas como oleadas de la pandemia (este último verano se habría pasado por la quinta ola) probablemente han influido en el recrudescimiento de la opinión de que las medidas son insuficientes o que llegan tarde, cuando los contagios se vuelven a extender. Por ejemplo, si en el mes de abril era significativamente mayor que en junio la opinión de que habría que tomar medidas más exigentes (45% frente al 29% respectivamente), el mes de julio se observa un importante cambio de opinión, al aumentar hasta el 56% la prevalencia de esta respuesta (gráfico 6). En el mes de junio se daba una situación de calma relativa, con el avance de la campaña de vacunación masiva y el descenso de los contagios, con el verano y las vacaciones por delante, que daría paso a una nueva expansión de contagios debida sobre todo al aumento de la vida social y las actividades de ocio ligadas al período estival, que desembocaría en la llamada quinta ola. En estos meses en que bajaba la exigencia con las medidas, se observa que aumenta la opinión de que se deben tomar medidas dependiendo de cada zona (2,7%), mientras que cuando en julio se recrudece la situación aumentan los que apoyan que en el cumplimiento de las medidas haya “más control y penalizaciones” (2,4%).

Gráfico 6 – “Tal como está evolucionando la situación del coronavirus en España, ¿cree Ud. que es necesario que se tomen medidas de control y aislamiento más exigentes, como se ha hecho, o que se puede continuar como se está?”. Abril 2021/julio 2021



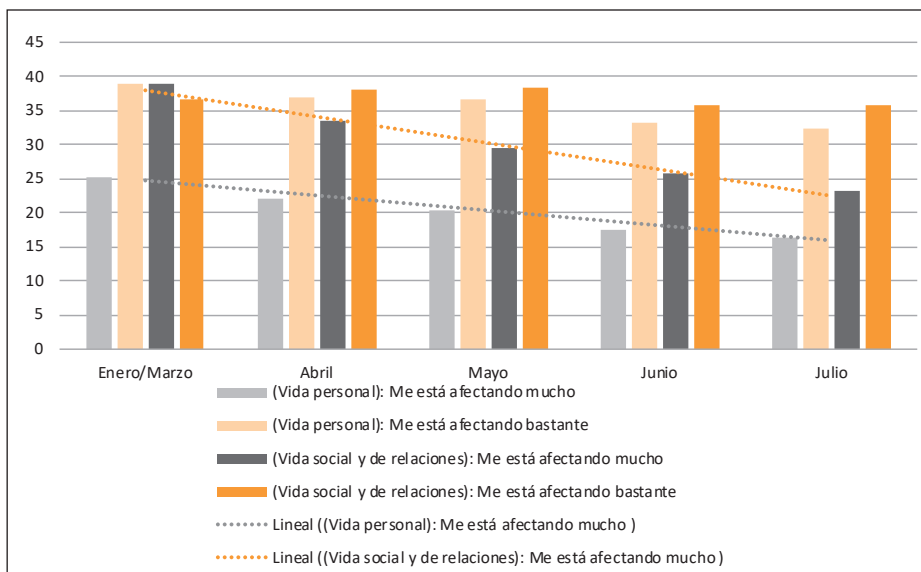
Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS (abril/julio 2021)

El hecho de que la pandemia haya estado afectando a la vida personal y social en distinta medida a lo largo del tiempo queda reflejado en la pregunta que se introdujo en los barómetros desde el mes de enero hasta la actualidad (gráfico 7), cuyo análisis permite apuntar tres tendencias. La primera es que desciende paulatinamente el grado de máxima preocupación por los efectos de la pandemia sobre la vida personal, pasando de estar extendido entre la cuarta parte de la población entre los meses de enero a marzo a sentirse así poco más del 15% de los ciudadanos. La segunda está marcada también por un descenso del grado de más afectación sobre la vida social y de relaciones en los mismos meses. La tercera tendencia es que en todas las encuestas analizadas las respuestas reflejan que la vida social y de relaciones se percibe como más afectada que la vida personal.

Entre las principales razones por las que está afectando la pandemia a la vida personal estarían, en primer lugar, el distanciamiento de los seres queridos (41% enero/marzo y 32% junio/julio), seguido de las restricciones y libertad de movimientos (36% y 29%) y, en tercer lugar, por el trabajo y/o economía personal (20% y 18%). El estado anímico negativo, los cambios en la vida cotidiana y el miedo al contagio siguen con decreciente importancia, pero sumando entre el 19% y el 15% de las respuestas en estos meses; por tanto, con una extensión aún muy significativa.

Y entre la diversidad de aspectos en los que la pandemia más está afectando a la vida social y de relaciones, de nuevo en primer lugar destaca la referencia a la “distancia social” que aleja de los amigos (50% en enero/marzo y también julio), la familia (37% y 33%), seguidos del aislamiento y confinamiento que llevan a no poder salir (35% y 33% en los mismos meses).

Gráfico 7 – Evolución del grado en que la pandemia está afectando a la vida personal y a la vida social y de relaciones. Enero 2021/julio 2021



Nota: los datos de enero/marzo reflejan el acumulado de los barómetros de esos tres meses.

Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS (enero/julio 2021).

Se podría decir que la palabra clave para entender estas razones es la distancia misma, distancia impuesta respecto a los demás, los seres queridos, los amigos. Es significativo que incluso la alusión específica a la “ausencia de contacto físico en las relaciones sociales, pérdida de calidad en las relaciones” reciba un 20% de menciones, es decir, que es una de las razones importantes para uno de cada cinco españoles. En similar medida se alude también al cese o limitación de actividades culturales, de ocio y deportivas (20% en julio).

Profundizando algo más en los efectos que la pandemia ha tenido sobre la vida cotidiana y la misma forma de ver el mundo de muchas personas, en torno al 60% de la población general (tabla 1) considera que con la pandemia sí está cambiando en gran medida su forma de vivir, la forma de pensar, la forma de cuidar la salud e, incluso en mayor medida y de forma específica, los hábitos sociales y de comportamiento social como se señalaba anteriormente, llegando en este caso casi al 75% las personas que afirman que han cambiado mucho o bastante. Pero no todos los cambios son negativos (tabla 2): muchas personas confiesan haber aprendido a organizar mejor su tiempo para no aburrirse –hay que decir que algo más las mujeres que los hombres (53% frente al 47% de los hombres)–, alrededor de uno de cada tres ha descubierto aficiones nuevas o ha emprendido actividades que le gustaban y antes

Tabla 1 – “¿Diría Ud. que esta pandemia está cambiando mucho, bastante, algo, poco o no le está cambiando nada o casi nada ...?”

	Mucho	Bastante	(NO LEER) Regular	Algo	Poco	Nada o casi nada	Está en duda, no lo sabría decir	N.C.
Su forma de vivir	29,2	40,0	0,6	12,0	9,2	8,7	0,3	0,1
Su forma de pensar	18,0	31,4	0,5	14,6	13,1	21,1	1,2	0,2
La forma de cuidar de su salud	19,6	32,6	0,6	12,7	10,8	22,4	1,0	0,2
Sus hábitos sociales y de comportamiento social	36,5	37,6	0,4	8,2	6,0	10,6	0,5	0,1

Fuente: CIS 3324 (mayo 2021).

no había realizado (32% sobre el total) –también otra vez más las mujeres–. Incluso una de cada diez personas dice que con la pandemia han mirado más hacia el mundo religioso o espiritual¹⁷. Pero donde más se ha reflejado este cambio de actitudes es en un cambio de valores: alrededor del 60% de la población adulta señala que “ha cambiado sus valores y ahora valora y aprecia cosas que antes no”, concretamente el 56% de los hombres y el 66% de las mujeres, que también han aprendido a dar más valor que los hombres a las relaciones personales (78%) o los beneficios de las actividades al aire libre (81%). En otras cuestiones hay menos diferencias de género, por ejemplo, en el interés por la salud y la situación de otras personas, el interés por el futuro y el disfrute de actividades lúdicas con familiares y amigos dentro de los círculos cercanos o los llamados “grupos burbuja”.

Tabla 2 – “Durante la pandemia algunas personas han cambiado costumbres o formas de pensar. ¿Diría Ud. que...?”

	Total (SI)	Hombre	Mujer
Se ha interesado más por la gente que le importa, por si se encuentran bien física y emocionalmente	80,1	80,5	79,6
Ha aprendido a valorar más los beneficios de las actividades al aire libre	78,6	75,7	81,4
Ha aprendido a valorar más las relaciones personales	75,7	73,7	77,6
Ha cambiado sus valores y ahora valora y aprecia cosas que antes no	60,7	55,6	65,5
Ha disfrutado más de actividades lúdicas con sus familiares (juegos, cocina, etc.)	57,5	57,4	57,5
Se ha interesado por el futuro más que antes	52	50,4	53,5
Ha aprendido a organizar mejor su tiempo para no aburrirse	50,4	47,2	53,5
Ha descubierto aficiones nuevas o actividades que nunca había realizado y que le gustan	31,7	28,1	35,1
Se ha hecho más religioso/a o espiritual	9,3	6,8	11,6

Fuente: CIS 3324 (mayo 2021).

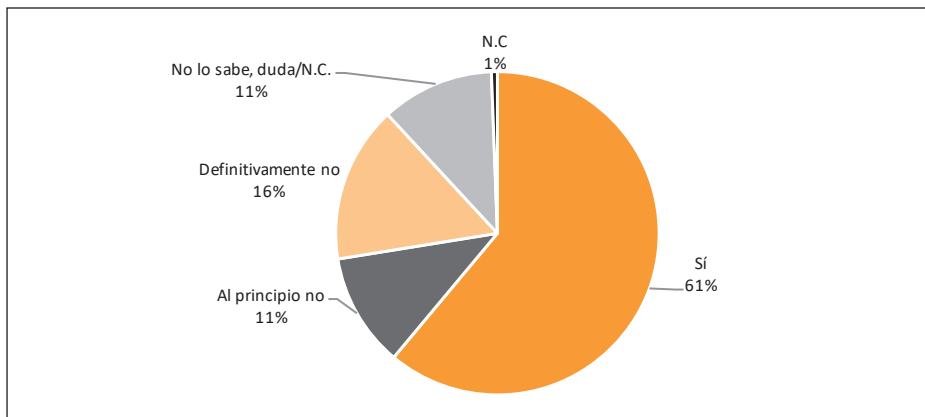
¹⁷ Aunque, como se analizó en el apartado anterior, este crecimiento se ha producido entre las personas que eran creyentes.

Y en lo que más se está cambiando es en la reducción, evitación o limitación de las relaciones y actividades sociales. También se ha cambiado en la forma de cuidar la salud, tomando más medidas de higiene y protección, y la preocupación por la salud es mayor con relación al contagio. En las relaciones familiares, por ejemplo, los abuelos y abuelas no han podido desarrollar en buena medida su función de ayuda y apoyo en el cuidado de los nietos. Por ejemplo, antes de la pandemia la tercera parte de los padres de menores contaban con los abuelos para ir a buscar o llevar a los nietos al colegio o escuela infantil, a un 40% les cuidaban en casa mientras trabajan o después del colegio; después de la pandemia se reducen esas ayudas a menos de la mitad (CIS 3324). Según estos datos, alrededor del 12% de los menores son llevados al colegio por los abuelos, que también les cuidan después del colegio en un 15% de los casos.

Como se ha señalado antes, la pandemia está afectando a la forma de pensar de muchas personas, haciendo que se valoren más ciertas cosas conocidas o cosas nuevas, pero ¿en qué medida está cambiando la forma de pensar también en otros aspectos? La encuesta de opinión indica que, después de haber influido en valorar más “lo que se tiene, lo que es importante, la vida, la familia, la salud” (22%), ha introducido el temor, el miedo, la intranquilidad en la vida de una parte de la población (13%), que ha tenido que hacer un esfuerzo para “adaptarse a otros hábitos y comportamientos más precavidos” (12%), al tiempo que se reconocía la fragilidad de la vida y la importancia de vivir el momento presente (11%). El miedo a enfermarse o a que se agrave una enfermedad que ya se tenía o se tiene y el miedo a que ocurra algo que pueda obligar a ir a un hospital a urgencias se ha extendido entre más de la cuarta parte de la población, pero también se tiene miedo a estar aislado socialmente (23%) y a no poder celebrar eventos sociales (16%).

Ante todos estos problemas sanitarios, sociales y económicos impuestos por la pandemia, la gran mayoría de la población está dispuesta a vacunarse y los que no lo harían (menos del 10%, según los barómetros de 2021) dan como las dos principales razones que tengan riesgos para la salud o efectos secundarios y preferir esperar a ver cómo funcionan. En julio de 2021 habían recibido al menos una dosis de la vacuna el 75% de la población entrevistada. Y es que en estos meses pasados más de la mitad de la población ha visto a algún familiar infectado o ha estado infectada directamente –un 48% y 10,8% según el mismo estudio monográfico sobre el coronavirus citado antes (CIS, 3324)–, más del 60% tiene algún amigo y el 85% algún conocido, y un 20% tienen familiares que no superaron la enfermedad y fallecieron. Es una pandemia que está afectando a la forma de vivir y a los hábitos sociales y de comportamiento, como podemos ver, en casi todos los ámbitos de la vida: en el trabajo, en la familia, con los amigos y con las parejas. Sin embargo, se empieza a ver la luz al final del túnel, más

Gráfico 8 – “¿Cree Ud. que cuando alcancemos la inmunidad de grupo contra la COVID-19 a través de las vacunas volverá Ud. a poder hacer todo lo que hacía antes de la pandemia?”



Fuente: elaboración propia a partir de CIS Estudio 3324.

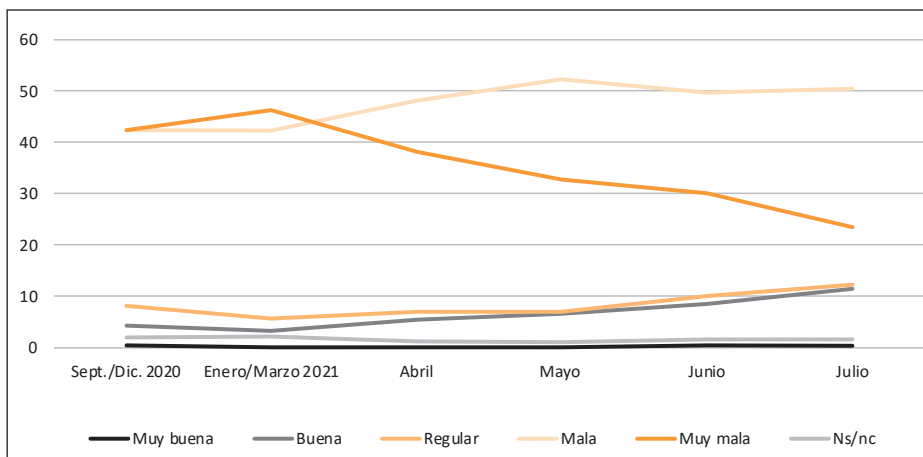
del 60% de la población (gráfico 8) considera que, con el éxito de las campañas de vacunación, se alcanzará la inmunidad de grupo y volverán “a poder hacer todo lo que hacía antes de la pandemia”, aunque una cuarta parte de los entrevistados piensa que “definitivamente no” o “no lo sabe, duda”.

Entre quienes piensan que no se volverá a vivir como antes al alcanzar la inmunidad de grupo, unos consideran que tendrá que pasar tiempo para llegar a esa normalidad anterior y ver los efectos de las vacunas (25%) y otros señalan que ha habido tantos cambios en todos los ámbitos que la vida no va a ser igual (27%). Como nadie puede tener certezas sobre el futuro, ni científicos, ni expertos, ni políticos o filósofos, como ciudadanos y como sociedad solo resta afrontar el presente preparando el futuro, con la esperanza de construir sobre las bases de los errores pasados y sobre el conocimiento y la reflexión que surge desde la experiencia de un mundo social cada vez más complejo e interconectado.

2.3. Economía, medio ambiente y pandemia: consideraciones sobre la in-sostenibilidad del sistema

La epidemia de la COVID-19 es un nuevo ejemplo de fenómeno global que está provocando respuestas locales: cuarentenas, confinamientos y cierre de fronteras y comercios. No es nuevo que los beneficios del comercio internacional y los viajes intercontinentales vayan acompañados, entre otros males, de la propagación mundial de enfermedades, sino que este fenómeno ha sido algo recurrente en la historia. Y las consecuencias

Gráfico 9 – Evolución de la valoración de la situación económica general de España. Septiembre 2020/julio 2021



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS (septiembre 2020/julio 2021).

negativas para la economía han ido ligadas a dichos episodios siempre. Durante el tiempo transcurrido con la pandemia actual, la situación económica general de España, que se analiza en el capítulo 1, ha sido valorada como mala o muy mala por alrededor del 90% de la población (gráfico 9), observándose proporciones similares entre septiembre de 2020 y marzo 2021, momento a partir del cual la valoración de “muy mala” va descendiendo a medida que aumenta hasta llegar al 50% la población que considera que es “mala” a secas. Los problemas de pérdida de empleo y de baja intensidad laboral en diversos ámbitos profesionales, como la hostelería o diversos campos del sector servicios, como los de cuidado personal, gimnasios y servicios deportivos o educación no reglada (academias, clases particulares, etc.) se han visto muy perjudicados por las medidas de aislamiento y distancia social. Lo cual ha repercutido no solo sobre la economía a nivel macro, sino también y mucho sobre las economías familiares, un efecto al que se ha sumado subidas generalizadas en productos de la cesta de la compra (IPC) y en los costes de la energía eléctrica, el gas y los combustibles, que han trasladado a los consumidores buena parte de los costes adicionales debidos al “efecto pandemia” sobre la economía internacional.

Mirando al futuro, se diría que el control de enfermedades es un ámbito donde la cooperación mundial sigue siendo vital, pero “la necesidad de cooperar y de instituciones mundiales se extiende a muchas preocupaciones urgentes, como el cambio climático inducido por el hombre, la conservación de la biodiversidad, el control y reversión de la contaminación masiva del aire, la tierra y los océanos, el correcto uso y la gobernanza de internet, la no proliferación de armas nucleares, prevenir la inmigración

masiva forzosa y el sempiterno problema de evitar o poner fin a los conflictos violentos” (Sachs, 2021: 15-16).

Añadiríamos a esta extensa lista la lucha contra la pobreza y la desigualdad presentes en mayor o menor medida en todas las sociedades. La agresividad generada por la búsqueda de riqueza como objetivo unívoco ha dejado una sociedad exhausta y privada de los beneficios de la confianza social, la honestidad y la compasión, por lo que cada vez es más necesaria una sociedad más consciente. Una sociedad “que promueva las virtudes personales de autoconsciencia y moderación, y las virtudes cívicas de la compasión por los demás y la habilidad para cooperar más allá de las diferencias de clase, raza, religión y geografía” (Sachs, 2012: 17). Esta crisis internacional que provoca la pandemia se puede ver como una oportunidad para que los ciudadanos y políticos inicien un “viaje hacia adentro”, como señalaba el economista promotor de los objetivos de desarrollo sostenible del PNUD en una reciente entrevista¹⁸. Hay un factor de sostenibilidad que implica la responsabilidad de unas generaciones para con las que seguirán, por el que la generación actual deber ser administradora de los recursos de la tierra para las que vendrán más tarde, un papel bastante ignorado hasta ahora, que supone una creciente amenaza para los que nos sucedan: “si la generación actual agota los recursos naturales escasos de la tierra, por ejemplo, acabando con su escaso combustible fósil y con los acuíferos de agua dulce o acidificando los océanos a través de las emisiones de dióxido de carbono o llevando a otras especies a la extinción, está disminuyendo severamente el bienestar de las generaciones venideras. Esas generaciones futuras no pueden defender sus intereses hoy, ya que ni siquiera han nacido” (Sachs, 2012: 47).

Es frecuente encontrar en los medios de comunicación análisis que relacionan los problemas medioambientales con la aparición de la pandemia. Pero no hay que perder de vista que el cambio climático es también otra forma de pandemia que acosa la seguridad y equilibrio sociales, y que como dijo Nietzsche, pertenecemos a una época cuya cultura está en riesgo de ser destruida por los mismos medios de la civilización. Los expertos explican que estamos entrando en zonas de riesgo de irreversibilidad de los cambios climáticos; esta década de los años 20 será decisiva para determinar en gran medida el futuro de la humanidad. Si se actúa rápido y en la dirección correcta, en los próximos diez años se pueden revertir esos riesgos y frenar parte del deterioro ambiental (Attenborough y Hughes, 2020; Clay, 2021). Si, por el contrario, continúa el avance del deterioro ambiental causado por el CO₂, los aerosoles, los residuos de diverso tipo que contaminan el mar, el aire y la superficie terrestre, la acidificación del agua y la pérdida de biodiversidad, el calentamiento global y el impacto en el clima y la naturaleza entrarán en terreno de cambios ambientales irreversibles o no reversibles al menos en plazos históricos de muchas generaciones.

¹⁸ <https://elpais.com/ideas/2020-06-13/jeffrey-sachs-esta-crisis-deberia-conducir-a-un-viaje-hacia-dentro-tambien-en-los-politicos.html>

2.4. La clase social del siglo XXI

La clase social es una categoría de renovada importancia para el estudio de la sociedad, quizá más que nunca; con el aumento de las desigualdades sociales respecto a las décadas anteriores, el estudio de la movilidad y la estratificación social se hace muy relevante. Los *baby boomers* se igualaron socialmente más que otras generaciones anteriores y que las siguientes (generación X, *millennials* y ahora generación Z). Si la igualdad entre los seres humanos es, desde el siglo XVII, un valor capital de la cultura occidental moderna, ¿cómo se explican y justifican las desigualdades persistentes? Rousseau decía que el hombre nació libre, y en todas partes se le encuentra encadenado. Hoy se puede decir que la desigualdad sigue constituyendo un rasgo característico de toda sociedad compleja.

Es necesario actualizar el análisis de la desigualdad y la estratificación social, un análisis des-ideologizado y puesto al día para las categorías de clases sociales actuales, más allá del empleo y la educación clásicos. Esta reconsideración del análisis de clase, implica plantear unos nuevos “mapas de clase” contemporáneos en función de la desigualdad actual, según la cual los dos extremos del continuo, la clase alta y la infraclass, perfilan con bastante claridad sus líneas divisorias mientras que se desdibuja una clase obrera para mezclarse con unas clases medias que ya no son tan medias, pues tienden a decrecer en torno a esos ingresos medios-medios y a aumentar en los límites con los bajos y altos (Crompton, 2013: 238-240). Probablemente estamos ante un deterioro de la centralidad del trabajo como estructurador de las posiciones sociales, con un creciente deterioro de la sociedad salarial que lleva al trabajador “del salariado al precariado” y que frena en buena medida la movilidad social (Castel, 2010: 125 y ss.).

A lo mejor junto al trabajo y los niveles de educación e ingresos habría que incluir otros factores sociales para medir la estratificación, como el nivel de bienestar social, incluso podría considerarse una “estratificación de la felicidad” para crear un índice de bienestar emocional (Bericat, 2018). Algo que la Encuesta Social Europea (ESS) está midiendo desde antes del 2010 como bienestar personal y social con preguntas acerca de variables emocionales como vitalidad, optimismo, soledad y depresión, entre otras.

La pandemia de la COVID-19 está siendo un fenómeno social que muestra la relevancia de una nueva aproximación a las clases sociales del siglo XXI. Las medidas del confinamiento, el teletrabajo, la educación digital, el acceso a la salud, la carga desigual de riesgos sanitarios y sociales son factores que han creado nuevos estratos que deben ser valorados y analizados.

2.5. Ser joven en el siglo XXI

Ante estas consideraciones anteriores y otras que siguen más adelante, ¿cómo es ser joven en el siglo XXI tras una pandemia? Los jóvenes hoy se sienten excluidos, el pacto social por el que se retribuyen formación profesional, técnica y esfuerzo personal con un progreso y avance en el mundo laboral se ha interrumpido para muchos de ellos en algún momento y no se sabe cuándo se restablecerá. La generación joven que está en búsqueda de futuro piensa que la vida les va con retraso¹⁹. El paro y la precariedad laboral campan a sus anchas entre la población juvenil, trabajar en aquello para lo que se han formado es muy difícil, a lo cual se viene uniendo una coyuntura de crisis económica, inestabilidad política, problemas medioambientales serios y, finalmente, una pandemia que se prolonga largamente en el tiempo. Un tiempo que fluye y se siente de forma diferente dependiendo del momento vital de las personas y, para los jóvenes, tiene sin duda un pulso más rápido que en otras etapas de la vida, con sus necesidades de ocio, relaciones de grupo y afectivas, deseos de abrirse al mundo y experiencias nuevas, campos en los que han tenido que poner en pausa sus vidas. Incluso los ritmos de estudio, de vigilia y de sueño se han visto alterados con esos tiempos de aislamiento domiciliario y serias limitaciones para sus interacciones y movilidad.

El uso generalizado de internet durante la pandemia en la familia y por parte de los jóvenes da lugar a algunas consideraciones, ya que la forma en que se vive la interacción entre las personas a través de las redes y las videollamadas es algo diferente según la etapa y trayectoria vital de las personas. Por ejemplo, comparando por grupos de edad, los jóvenes de 18 a 24 años son quienes menos se muestran en desacuerdo con que las relaciones por internet, frente a las relaciones cara a cara, generen más confianza, más compromiso, más sinceridad, más intimidad o más seguridad. Solo alrededor del 20% de dichos jóvenes se muestra en desacuerdo con tal afirmación, mientras que en los restantes grupos de edad está en torno al 40% (CIS, estudio 3325). Por otro lado, son estos mismos jóvenes los que más han utilizado internet para conocer gente nueva, un 20% dice hacerlo bastante o muy frecuentemente, frente al 5% en el conjunto de la población. En su mayoría utilizan muy frecuentemente estos medios para hablar con sus amigos (70%), más que en otras edades, pero también utilizan las redes más que nadie para usos eróticos, como intercambiar mensajes de contenido erótico/sexual o incluso fotos (*sexting*), algo para lo que tienen hasta aplicaciones específicas, o simplemente entrar en páginas web eróticas o pornográficas (solo el 48% no lo hace frecuentemente, frente al 82% de las personas de 45-55 años).

¹⁹ Véanse los reportajes monográficos sobre los jóvenes en *El País*, <https://elpais.com/espana/2021-06-06/la-vida-me-va-con-retraso.html>

En el uso de internet por parte de los jóvenes y en las familias se refleja una especie de relación amor-odio con las tecnologías, que acercan y al mismo tiempo alejan. Como decíamos anteriormente, permiten la coexistencia, pero no ahondan en la convivencia. Incluso los mismos jóvenes aceptan que el uso de internet puede provocar una disminución de la comunicación en las familias perjudicando la convivencia: un 70% de los jóvenes de 18 a 24 años está de acuerdo, frente al 77% de las personas de 35 a 54 años o el 71% de 55 a 64 años. En esa misma línea, hasta el 75% de los más jóvenes está de acuerdo con que el uso de estas tecnologías favorece que las personas se aislen de los demás, pasando más tiempo con las pantallas que con las personas que les rodean de forma más inmediata. Algo que no deja de ser paradójico si se piensa que la función de estas tecnologías es comunicar y compartir; los miembros de la familia se pueden comunicar instantáneamente independientemente de la distancia y el tiempo en que se encuentren, tanto dentro de un mismo hogar como con los miembros de la familia más distantes. Más del 80% del conjunto de la población está de acuerdo con que, en el contexto de la pandemia, estas tecnologías han acercado a los familiares con los que no se convive, ascendiendo al 94% la respuesta entre los más jóvenes.

Es difícil decir que se ven algunos “brotes verdes” en los cambios sociales impulsados con la pandemia, ¿quizá los confinamientos hayan impulsado la creatividad de algunas personas, al propiciar una mayor autointrospección, la atención al cuidado personal y la intimidad, como dimensiones cruciales para el bienestar? Entre un sector importante de la población está creciendo la opinión de que la situación de la pandemia ha hecho que nos volvamos solidarios con la sociedad en general: el 49% de los jóvenes de 18 a 24 años está de acuerdo con esta afirmación, mostrando el porcentaje de respuesta más alto después del de los mayores de 55 a 64 años (53%) y de 65 y más años (61%). Quizás haya más allá de esta nueva realidad de rutinas diarias distorsionadas o alteradas, de riesgos materializados, de temores, de fronteras y límites difusos o cambiantes, una conciencia algo más atemporal del valor de aquella “normalidad perdida” o incluso una visión del futuro de un mundo mejor. Por ejemplo, pensando solo en los cambios sufridos en el ámbito laboral, el teletrabajo ha traído cambios que van a marcar un antes y un después en muchas actividades profesionales y educativas, y en el ámbito de las noticias y la información, el cosmopolitismo ha recibido un impulso, al estar pendientes todos del progreso de la crisis sanitaria en países próximos y lejanos, sabiendo que la sociedad global está indefectiblemente interconectada.

Si la condición humana se ha visto interpelada, como vimos en el primer apartado, y la crisis social intensa se asienta sobre una incierta sociedad de riesgos crecientes y difíciles de frenar, nos queda la pregunta sobre la gobernanza de la situación. ¿Cómo se despliega la política en tiempos de pandemia?

3. La política en tiempos de pandemia

En su definición de la política, uno de los más destacados politólogos de nuestro país, Josep María Vallès, la considera como “una práctica o actividad colectiva, que los miembros de una comunidad llevan a cabo. La finalidad de esta actividad es regular conflictos entre grupos [...] en sociedades divididas por creencias, intereses y recursos –como son todas las que conoce la historia de la humanidad– la política es ante todo constructora de sociedad. Dicho de otra manera: la política constituye la argamasa que cohesiona a los grupos, más allá de sus relaciones y diferencias familiares, afectivas, económicas, simbólicas, vecinales, etc.” (2010: 18 y 21). Una pandemia es precisamente una de las situaciones donde las diferencias de creencias, intereses y recursos entre grupos sociales se ponen más de manifiesto e incluso se exacerban, se intensifican, donde hay claros ganadores y perdedores, más allá de la democratización de la amenaza que forma parte de su propia definición de pandemia. Como señalábamos en el primer apartado, el escritor italiano Paolo Giordano al inicio de la pandemia afirmaba, “en tiempos de contagio somos parte de un único organismo; en tiempos de contagio volvemos a ser una comunidad” (2020). Si la política es el instrumento fundamental del que nos hemos dotado como sociedades para dar una respuesta colectiva a los problemas que ponen en riesgo la propia supervivencia del grupo, es evidente que en una pandemia su importancia y su necesidad se multiplican, a la vez que una situación tan grave constituye una verdadera piedra de toque para calibrar el nivel y la calidad de la política en una sociedad.

3.1. La política como problema, no como solución

Para analizar y valorar la respuesta desde la política a la pandemia iniciada en el primer trimestre de 2020, resulta de gran ayuda desglosar el concepto de política en castellano en las tres acepciones y dimensiones que en inglés reciben tres nombres distintos: *polity*, *politics* y *policies*.

El ámbito de la *polity*, la política entendida como el principal instrumento de respuesta a los problemas colectivos de una comunidad en la que entran en juego principios y convicciones, visiones diversas y a menudo conflictivas de cómo organizar la vida en común y cómo jerarquizar los valores sociales implicados en esos conflictos, se ha visto seriamente afectado por la pandemia.

En realidad, la *polity* ha quedado ahogada en el ámbito de la *politics*, el juego político o “politiqueo”, en el que, frente a una visión estratégica de largo alcance y basada en acuerdos de fondo sobre temas básicos, prima la visión táctica, el regate corto, más preocupado por conseguir o por mantener el poder que por dar respuesta a los grandes problemas de la sociedad.

El creciente protagonismo de la política como comunicación, casi como espectáculo, está en la base de esta hipertrofización de la lucha partidaria y partidista como elemento definidor de la vida política de nuestro país también en este tiempo de pandemia. Cabría esperar que ante un suceso tan grave –el más disruptivo, sin duda, desde hace décadas– el clima de crispación política instalada en nuestro país al menos desde 2004 dejara paso a la política con mayúsculas –como nos gusta decir– y que los partidos y los líderes políticos llegaran a acuerdos básicos para responder a los retos de todo tipo planteados por la pandemia y estos acabaran haciéndose efectivos en la vida de los ciudadanos a través de políticas públicas concretas en los distintos ámbitos de actuación (*policies*). La realidad desgraciadamente ha sido otra y la *politics* se ha afianzado como uno de los principales problemas que existen en España a juicio de los españoles, según recogen los barómetros mensuales del CIS.

En todos los barómetros mensuales del CIS se formula la pregunta “¿Cuál es, a su juicio, el principal problema que existe actualmente en España? ¿Y el segundo? ¿Y el tercero?”. Al analizar los resultados de los barómetros desde febrero de 2020 hasta julio de 2021, comprobamos que entre los diez problemas más señalados por los entrevistados cinco corresponden a lo que podemos denominar la *politics* (tabla 3). Son los siguientes: “El mal comportamiento de los políticos”; “Los problemas políticos en general; Lo que hacen los partidos políticos”; “La falta de acuerdos, unidad y capacidad de colaboración. Situación e inestabilidad política”; y “El Gobierno y los partidos políticos concretos”. Si se sumasen y englobasen en un único epígrafe, constituirían de manera destacada el principal problema percibido por los ciudadanos españoles. Evidentemente, no es legítimo desde un punto de vista analítico hacer esta agregación y considerar el comportamiento de los políticos y de los partidos como el principal problema de la sociedad española, pero al mismo tiempo no se puede minusvalorar su importancia e impacto, máxime cuando la política es el principal instrumento con el que contamos para hacer frente a situaciones como las que plantea la pandemia.

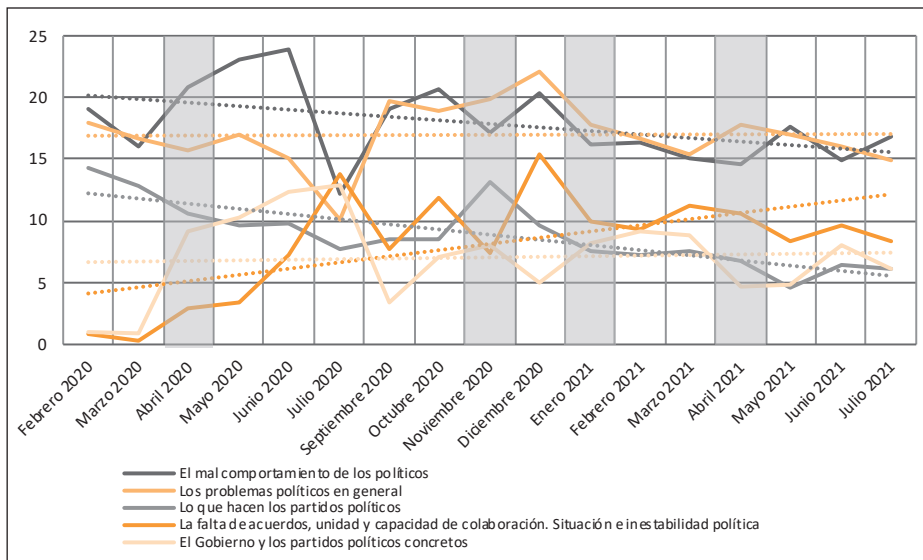
Si analizamos con más detalle la evolución de los cinco ítems que hacen referencia a la política (gráfico 10), comprobamos que los que sufren un cambio más acusado con el inicio de la pandemia son “La falta de acuerdos, unidad y capacidad de colaboración. Situación e inestabilidad política” y “El Gobierno y los partidos políticos concretos”. La falta de acuerdos, que en febrero y marzo de 2020 no era citado ni siquiera por uno de la cada 100 entrevistados sube hasta el 13,8% en julio de 2020, el 15,4% en diciembre de 2020 y se mantiene por encima del 8% durante todos los barómetros de 2021, lo que demuestra una especial sensibilidad de la población española a la falta de acuerdo entre los políticos y los partidos políticos para hacer frente a la pandemia y sus consecuencias sociales y económicas. Por lo que se refiere al ítem “El Gobierno y los partidos políticos concretos”, sufre igualmente un cambio brusco con el inicio de la pandemia: pasa de en

Tabla 3 – Principales problemas que existen actualmente en España. Febrero de 2020-julio de 2021

	Febrero 2020	Marzo 2020	Abril 2020	Mayo 2020	Junio 2020	Julio 2020	Septiembre 2020	Octubre 2020	Noviembre 2020	Diciembre 2020	Enero 2021	Febrero 2021	Marzo 2021	Abril 2021	Mayo 2021	Junio 2021	Julio 2021
El paro	60,2	59,8	36	41,2	32,5	34,6	30,7	25	24,3	28,1	29,7	27,9	31,7	37,7	39,3	40,2	37
El coronavirus			43,9	34,8	25,1	28,4	27,3	38,3	44,2	38	51,4	43,7	41	45,1	41,6	33	35,4
La crisis económica, los problemas de índole económica	30,1	39,1	39,1	38,9	35,1	29,3	29,7	39,6	42,7	42,6	45,5	45	43,8	48	46,3	39,3	40,2
El mal comportamiento de los políticos	19	16,1	20,9	23,1	23,9	12,2	19	20,7	17,1	20,3	16,2	16,3	15	14,6	17,7	14,9	16,8
Los problemas políticos en general	18	16,6	15,7	17	15	10,1	19,7	18,9	19,9	22,1	17,8	16,7	15,4	17,8	17	16	14,9
La sanidad	15,4	19,8	19,6	18,2	17,5	15,7	13,5	20	18,9	19,1	13,4	13,2	12,4	13,5	14,8	13,9	12,6
Lo que hacen los partidos políticos	14,3	12,8	10,6	9,6	9,8	7,7	8,6	8,5	13,2	9,7	7,5	7,3	7,6	6,8	4,6	6,4	6,2
La falta de acuerdos, unidad y capacidad de colaboración. Situación e inestabilidad política	0,8	0,3	3	3,4	7,3	13,8	7,7	11,8	7,4	15,4	10	9,3	11,3	10,6	8,4	9,7	8,3
El Gobierno y los partidos políticos concretos	1	0,9	9,1	10,3	12,3	12,9	3,4	7,1	8,1	5	8,2	9,1	8,8	4,7	4,8	8	6,2
Poca conciencia ciudadana (falta de civismo, de sentido espíritu cívico)			3	4,7	6,3	7,6	7,9	5,9	9,4	8,4	10,1	8,6	11,5	6,6	5,8	5,1	6,8

Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS.

Gráfico 10 – Evolución de los principales problemas relacionados con la política que existen actualmente en España. Febrero 2020/julio 2021



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS.

torno a un 1% en febrero-marzo de 2020 a un 12,9% en julio de 2020 y se mantiene por encima del 5% durante prácticamente todo 2021. Si observamos las líneas de tendencia que aparecen en el gráfico, es en estos dos ítems que estamos comentando –y especialmente en el primero– en los que se muestra una línea de preocupación ascendente desde el inicio de la pandemia.

Otro dato interesante que ilustra este gráfico es lo que podemos denominar la “fatiga” que también parece afectar a la dimensión política de la vida en común y que constituye otro elemento más de la tan citada fatiga pandémica que sufrimos progresivamente desde el inicio de la COVID-19 en marzo de 2020. Tras los picos de las dos primeras oleadas de la pandemia era cuando la preocupación por la política como uno de los principales problemas de nuestro país registraba por lo general incrementos importantes y cuando la apelación al acuerdo, la unidad y la colaboración entre políticos y partidos se intensificaba; después de la tercera y la cuarta olas se observa una clara atenuación de los indicadores. Es evidente el impacto que en ello ha tenido y tiene el desarrollo del proceso de vacunación, que explica en gran medida que el coronavirus pasara de ser considerado uno de los tres problemas principales por el 51,4% de los españoles en enero de 2021 (ocupando la primera posición) al 35,4% en julio de este mismo año (pasando a la tercera posición, tras la crisis económica y el paro). Pero parece claro también que el nulo caso (más allá de la retórica comunicativa, en contraste con la actuación real) que los políticos y los partidos han

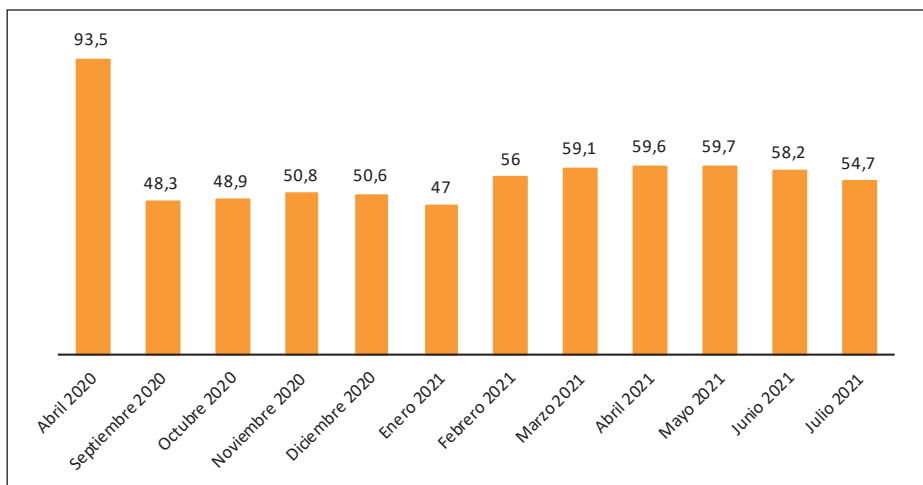
hecho al 91,4% de los españoles que en el barómetro de abril 2020 reclamaban a los partidos políticos llegar a grandes acuerdos tras la crisis de la COVID-19 ha ido minando la esperanza en la política.

Los llamamientos grandilocuentes para hacer frente a un reto común no visto en varias generaciones y afirmaciones como que “nada volverá a ser igual tras la pandemia” se han revelado vanas y han acabado sepultadas bajo el tsunami lento e inexorable del deseo de “vuelta a la normalidad”. Y esa vuelta a la normalidad parece incluir en el caso de la política la incapacidad –o más bien la falta de voluntad real– de llegar a grandes acuerdos básicos en el ámbito sanitario, económico, social o institucional (como en la renovación de órganos constitucionales tan relevantes como el Tribunal Constitucional o el Consejo General del Poder Judicial). La confrontación insuperable, la crispación, el argumento *ad hominem* y la descalificación personal y partidista parecen haberse convertido en el medio natural de la “vida política” en nuestro país, retrotrayéndonos a tiempos y retóricas que creíamos definitivamente superados y que la inmensa mayoría de los españoles ni siquiera hemos vivido. De ahí la zozobranante preocupación que genera la lectura de obras como *Cómo mueren las democracias* de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, en la estela declarada del clásico de Juan J. Linz y Alfred Stepan *Breakdown of Democratic Regimes* (1978).

3.2. *Civismo y cultura política en tiempos de pandemia*

A la hora de analizar la situación política, la focalización en los líderes, los partidos y sus redes de expertos, propagandistas e intelectuales no debe ocultar la importancia de lo que podemos denominar “cultura política” de la ciudadanía, entendida como el conjunto de valores sociales que hacen posible o facilitan el desarrollo de comportamientos y actitudes básicas congruentes con un determinado modelo o régimen político. La cultura política resulta especialmente relevante en una sociedad democrática, como han puesto de manifiesto pensadores clásicos como Tocqueville o contemporáneos como Robert Putnam (2000, 2003). Los barómetros del CIS desde el inicio de la pandemia nos permiten un primer acercamiento, aunque sea tosco aún, a este tema, a través de la pregunta por el civismo y la solidaridad de los españoles a la hora de afrontar las medidas contra la COVID-19. Resulta interesante comprobar que la pregunta por esta cuestión se realiza por primera vez en el barómetro de abril de 2020, no se retoma hasta el de septiembre de 2020, para aparecer ininterrumpidamente desde entonces en todos los barómetros (gráfico 11). Condicionados evidentemente por el confinamiento domiciliario y el miedo a un virus mortal y sobre el cual apenas conocíamos nada con seguridad, en abril de 2020 un 93,5% de los entrevistados creían que la mayoría de los/as españoles/as estábamos dando un ejemplo de civismo y solidaridad en la forma de afrontar

Gráfico 11 – Evolución del porcentaje de personas que creen que “la mayoría de los/as españoles/as estamos dando un ejemplo de civismo y solidaridad en la forma de afrontar las medidas contra el COVID-19”. Abril 2020/julio 2021



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS.

las medidas contra la COVID-19. La pregunta no se vuelve a hacer hasta el barómetro de septiembre de 2020, tras la “descompresión” del verano y cuando se inicia el despegue de la segunda ola y las discrepancias entre los políticos y entre el Gobierno central y algunas comunidades autónomas una vez “transferidas” a estas las principales responsabilidades en la gestión de la pandemia se intensifican. El porcentaje de quienes creían que la mayoría de la población estaba dando un ejemplo de civismo y solidaridad se desploma en dicho barómetro hasta el 48,3% y no alcanzará nunca el 60% en los siguientes barómetros, en todos los cuales se incluirá esta pregunta.

Estos datos parecen apuntar a una doble explicación: 1) somos solidarios y cívicos en situaciones extremas o cuando estamos obligados a serlo –respetando, por ejemplo, el confinamiento domiciliario–, lo cual pone en cuestión el concepto mismo de solidaridad y civismo como valor personal y social arraigado, y 2) la vida política e institucional ha funcionado como contraejemplo que ha acabado afectando a la población. ¿Se puede esperar civismo y solidaridad de la ciudadanía cuando los líderes políticos, los partidos y los diferentes Gobiernos e instituciones actúan con frecuencia en sentido contrario y son incapaces de situarse por encima de sus intereses personales, institucionales o de partido? ¿Qué significado queda ya para la expresión “tema de Estado”, de la que tantas veces se abusa? La proliferación durante este verano de 2021 de los botellones en multitud de ciudades y pueblos españoles, sin el más mínimo respeto a las normas anti-COVID,

es un ejemplo más de un déficit de cultura cívica y, en último término, política en nuestra sociedad, frente a la cual el progresivo debilitamiento de las tradicionales “escuelas de ciudadanía y democracia” nos deja inermes. Y eso también es política. El grito de “libertad, libertad” ha acabado apoderándose de las calles –y de las urnas–, en contraste con el silencio real y mediático de las UCI de los hospitales y de las residencias de mayores diezmadas y blindadas.

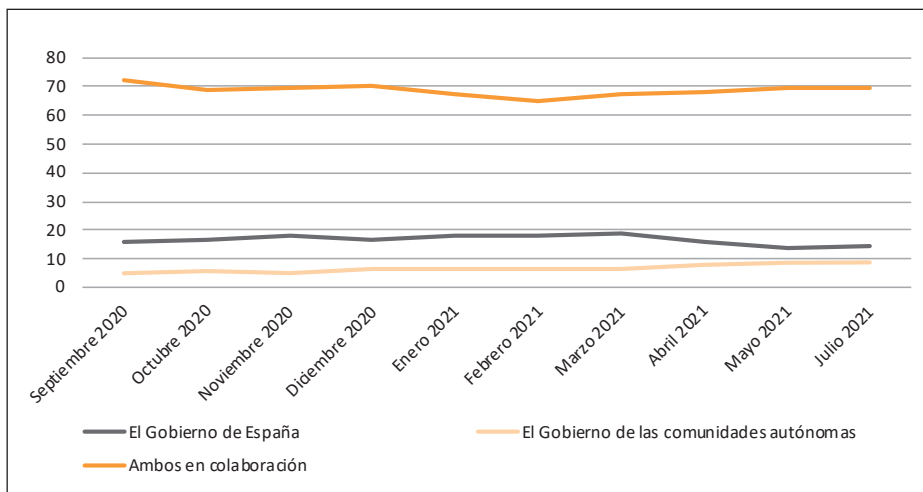
3.3. *¿Una oportunidad perdida, un anhelo frustrado? La cogobernanza*

Parafraseando el título de uno de los libros más conocidos de A. O. Hirschman, *Retóricas de la intransigencia* (1991), podríamos a hablar de las retóricas de la pandemia, esas expresiones y argumentos que han quedado las más de las veces en una simple enunciación de buenos deseos y propósitos con, en general, escasos resultados tangibles. Durante los primeros meses de la pandemia, en el ámbito político, la cogobernanza se convirtió, principalmente desde el Gobierno central, en uno de los mantras cotidianos, cuya simple enunciación pareciera que iba a tener consecuencias taumáticas o prodigiosas.

En realidad, la cogobernanza, al menos en lo que es la apreciación común de los ciudadanos, parecía la respuesta obvia a una situación tan compleja como la planteada por la pandemia. Como vimos en la tabla 3 y el gráfico 10, la falta de acuerdo, unidad y colaboración en la respuesta política fue el problema que ha registrado un mayor incremento para los españoles durante la pandemia. Tras el fin del confinamiento y del estado de alarma y la declaración del Gobierno central como el momento de la cogobernanza, los barómetros del CIS empezaron a incluir una pregunta específica sobre la preferencia respecto al nivel de gobierno que debería hacerse cargo de la lucha contra la pandemia. De forma muy destacada y continuada, en torno al 70% de los entrevistados se manifiesta favorable a que sean ambos niveles –el Gobierno central y los de las comunidades autónomas– los que en colaboración se hagan cargo de dicha respuesta (gráfico 12).

Este tema de la cogobernanza se analiza con detalle en el capítulo 6 de este informe. En todo caso, como también se señala en el capítulo, independientemente de las declaraciones más o menos grandilocuentes o ajustadas a la realidad de los hechos, la pandemia ha puesto aún más de relieve que la cogobernanza o la colaboración entre el Gobierno central y las comunidades autónomas no es una opción, sino parte fundamental del diseño institucional sobre el que descansa el modelo de Estado autonómico recogido en nuestra Constitución. Y es precisamente una situación en la que la colaboración es parte fundamental en la respuesta a los problemas

Gráfico 12 – “¿Quién le gustaría a usted que se hiciera cargo de la lucha contra la pandemia primordialmente?”. Septiembre 2020/julio 2021



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS.

planteados, como la pandemia, la que hace patente de nuevo y con más intensidad los déficit estructurales/institucionales de los instrumentos de coordinación y colaboración, pero también las actitudes políticas que anteponen los intereses partidistas y coyunturales (el reino de la teoría de juegos y de los expertos en marketing y comunicación política, los denominados *spin doctors*) a los intereses generales y a los acuerdos de fondo y duraderos sobre cuestiones fundamentales.

Esta imposición por la vía de los hechos del reconocimiento de lo que significa el Estado autonómico, la pandemia lo ha puesto de relieve también en relación con el reconocimiento de lo que significa formar parte de la Unión Europea. Con todas las críticas que se le puedan hacer, es evidente el papel fundamental que la UE está desempeñando en la respuesta a la pandemia, sobre todo en el ámbito sanitario (especialmente en el caso de las vacunas, tanto en su desarrollo como en su distribución) y en el económico-financiero (con la aprobación e implementación de ingentes planes de ayuda, tras la adopción de decisiones inéditas y sorprendentes hasta hace poco como la aprobación de instrumentos que se pueden considerar de mutualización de la deuda entre los países de la UE). El contraste con lo ocurrido tras la crisis financiera de 2008 es evidente, lo cual siembra la esperanza de que tal vez en el ámbito de nuestro Estado autonómico también se registren cambios significativos tras la pandemia que acaben dando sentido y coherencia al modelo.

3.4. La democracia, cuestionada

La conjunción de todos los elementos señalados en este análisis en relación con la respuesta política a la pandemia explica en gran medida el resultado preocupante que se observa en los datos de la tabla 4. A la pregunta por cómo se valora el funcionamiento de la democracia en España, en el barómetro de junio de 2021, un 24,7% de los entrevistados considera que funciona mal o muy mal (1-3 en la escala), casi el doble del 13,5% que tienen esa valoración respecto a cómo funcionaba la democracia hace 10 años. En la perspectiva a un plazo también de 10 años esa valoración negativa se reduce hasta un 19,8%, lejos aún de los datos respecto a hace una década. Si observamos el otro extremo de la escala, un 15,9% opina que la democracia en nuestro país funciona bien o muy bien (8-10 en la escala), muy por debajo del 26,9% que hacía esa valoración respecto a la situación de hace una década, una tendencia crítica que no se recupera del todo cuando se proyecta el futuro a 10 años vista (18,7%).

Es evidente que la situación de la pandemia y la respuesta política a la misma influye en la visión tanto del pasado como del futuro en relación con el funcionamiento de la democracia en nuestro país. A este respecto, es interesante observar lo ocurrido tras la crisis de 2008. Como se aprecia en el gráfico 13, el porcentaje de los entrevistados que opinan que “La democracia siempre es preferible a cualquier otra forma de gobierno” bajó de un 88,5% en noviembre de 2008 a un 77% en noviembre de 2012, tras años de dura crisis económica. Desde abril de 2017 hasta diciembre de 2019 recupero prácticamente los porcentajes de antes de la crisis de 2008 y sufre una caída similar a la registrada entonces en el último barómetro en el que

Tabla 4 – “En términos generales, ¿cómo cree usted que funciona la democracia en España actualmente, cómo lo hacía hace 10 años y cómo funcionará dentro de 10 años”. Escala de 1 –muy mal– a 10 –muy bien–.

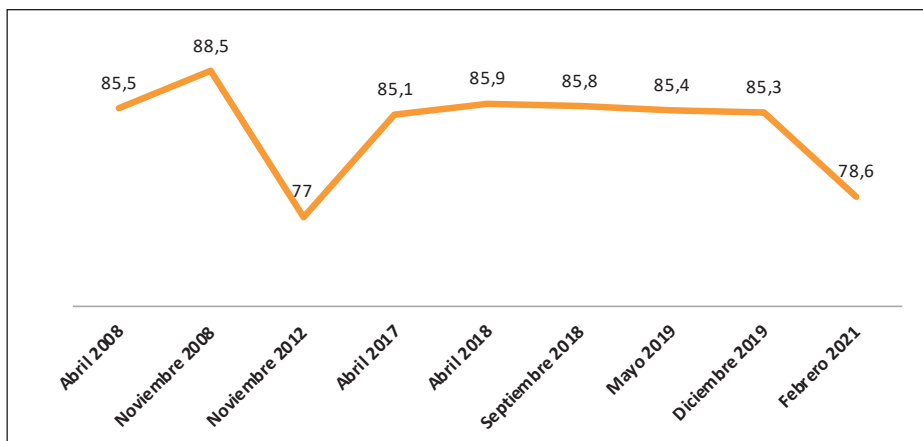
	Hace 10 años	En la actualidad	Dentro de 10 años
1 Muy mal	5,3	12,4	10,8
2	2,6	4,8	3,3
3	5,6	7,5	5,7
4	6,8	9,9	7
5	13,9	20	11,8
6	14,1	13,2	7,7
7	16,5	13,6	9,1
8	16,9	10,8	10,2
9	5,5	2,3	4,2
10 Muy bien	4,5	2,2	4,3
N.S./N.C.	8,3	3,2	25,9

Fuente: CIS, Barómetro de junio de 2021.

se formula esa pregunta, en febrero de 2021, hasta situarse en el 78,6%. Si entonces se cuestionaba un sistema político que había permitido “dejar atrás” a muchos ciudadanos, este argumento no es tan directamente aplicable a la situación pandémica actual, gracias a medidas como los ERTE, que han permitido sostener, aunque sea de manera asistida, el empleo. Por tanto, parece lógico pensar que esta desafección democrática, que habrá que comprobar si se mantiene, se reduce o se incrementa en el tiempo, probablemente tenga que ver más con procesos estrictamente políticos –con el modo en que se hace la “política real” en nuestro país– como los que hemos ido comentando en estas páginas.

Uno de los debates más interesantes al comienzo de la pandemia tenía que ver precisamente con la pregunta acerca de si la democracia constituía el mejor modelo político para responder a la pandemia o, por el contrario, era una rémora para dar una respuesta eficaz y eficiente a la misma, contraponiendo la experiencia de países con regímenes autoritarios como China a la de las democracias occidentales. Como señalaba el filósofo coreano-alemán Byung-Chul Han (2020a), “China podrá vender ahora su Estado policial digital como un modelo de éxito contra la pandemia. China exhibirá la superioridad de su sistema aún con más orgullo. Y tras la pandemia, el capitalismo continuará aún con más pujanza. Y los turistas seguirán pisoteando el planeta. El virus no puede reemplazar a la razón. Es posible que incluso nos llegue además a Occidente el Estado policial digital al estilo chino. Como ya ha dicho Naomi Klein, la conmoción es un momento propicio que permite establecer un nuevo sistema de gobierno”. Probablemente no lleguemos a esa situación, pero es evidente que la pandemia ha

Gráfico 13 – Evolución del porcentaje de quienes opinan que “La democracia siempre es preferible a cualquier otra forma de gobierno”. Abril 2008/febrero 2021



Fuente: elaboración propia a partir de los barómetros del CIS.

contribuido a una evidente erosión de la confianza en la democracia que están aprovechando todo tipo de movimientos, partidos y gobiernos autoritarios, iliberales o populistas que han aparecido o se han consolidado en prácticamente todos países occidentales y que dan sentido a análisis y publicaciones como *El ocaso de la democracia*, de Anne Applebaum, o el ya citado *Cómo mueren las democracias*, de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, entre muchos otros.

Para la historiadora y politóloga norteamericana, el hiperpartidismo y la creciente polarización radicalizadora, que prenden en el mundo digital de las redes sociales y acaban estableciendo una dinámica de retroalimentación con el mundo real u *offline*, son auténticos cánceres para las democracias liberales, que ven crecer en su interior propuestas populistas, nacionalistas y autoritarias que ponen en riesgo su propia supervivencia. “En un mundo polarizado no puede haber neutralidad porque tampoco puede haber instituciones apolíticas o no partidistas” (Applebaum, 2021: 113) y sin ellas la democracia se asfixia, porque es imposible resolver o encauzar el conflicto. Dicho con palabras más descarnadas de Rafael Bardají, uno de los ideólogos de VOX, recogidas en el libro de Applebaum: “Estamos entrando en un periodo en el que la política es una guerra por otros medios; nosotros no queremos que nos maten, tenemos que sobrevivir... Creo que en la política actual el ganador se lo lleva todo” (128). En tiempos de pandemia esta evidente degradación de la política resulta aún más desafiante.

Para Levitsky y Ziblatt las salvaguardas constitucionales y legales no son suficientes por sí solas para proteger una democracia y destacan la importancia fundamental de las que denominan reglas o normas no escritas que “sirven como guardarraíles de la democracia e impiden que la pugna política cotidiana desemboque en un conflicto donde todo vale” (2018: 122). Entre esas reglas o normas no escritas ellos conceden una importancia fundamental a dos: la tolerancia mutua y la contención institucional. “La tolerancia mutua alude a la idea de que, siempre que nuestros adversarios acaten las reglas constitucionales, aceptamos que tienen el mismo derecho a existir, competir por el poder y gobernar que nosotros [...] aunque creamos que sus ideas son ilusas o erróneas, no los concebimos como una amenaza existencial, ni nos dedicamos a tratarlos como personas traidoras, subversivas o al margen de la sociedad” (2018: 122-123). Definen la contención institucional “como el evitar realizar acciones que, si bien respetan la ley escrita, vulneran a todas luces su espíritu. En los lugares en que las normas de contención son sólidas, los políticos no usan sus prerrogativas institucionales hasta la saciedad, puesto que tales acciones podrían poner en peligro el sistema existente” (2018: 126-127). Sin tolerancia mutua y sin contención institucional resulta prácticamente imposible el acuerdo y la cooperación en temas básicos y hasta el respeto a las diferencias, que constituyen un sustrato fundamental de la vida en democracia. Muchos de los políticos y los partidos de nuestro país parece que llevan tiempo afanados

en el concienzudo desmontaje de esos guardarraíles que con tanto esfuerzo –y aunque de manera imperfecta seguramente– se reconstruyeron o se levantaron tras la recuperación de la democracia y contribuyeron a su consolidación en circunstancias no siempre fáciles.

Apenas transcurrida una década desde el inicio de la crisis económica de 2008, inmersos aún en la crisis sanitaria de la pandemia de la COVID-19, la tanto tiempo anunciada y desoída crisis medioambiental y ecológica ha dejado de ser ya una amenaza potencial y se hace presente de forma devastadora con una frecuencia cada vez mayor y en cada vez más lugares. La sociedad del riesgo de la que hablara Ulrich Beck ha dado paso a la *sociedad de las crisis*: “Propiamente hablando, la crisis sanitaria (como anteriormente la económica) no puso al mundo en un estado de excepción, sino que reveló hasta qué punto ese mundo se caracterizaba por un conflicto de lógicas diversas, lenguajes que no se entienden entre sí, por la ingobernabilidad, la impotencia de la política, por el contraste entre eficiencia y legitimidad democrática. Si la verdadera crisis de nuestras sociedades es esta y las catástrofes recurrentes son sus recordatorios, entonces habría que cambiar el eje de la confrontación ideológica, que ya no se juega en más o menos intervención de los Estados (origen de la distinción entre conservadores y socialdemócratas) sino en otro modo de gobernar. Crisis como estas nos obligan a abordar los problemas de otra manera, más anticipatoria, holística, transnacional, colaborativa y horizontal; nos están recordando la necesidad de pensar en una nueva manera de hacer política que sea más receptiva para las formas inéditas que tendrá que adoptar una sociedad que se hace cada vez más imprevisible” (Innerarity, 2021a).

Una recreación de la política que interpela y exige a los tradicionales “actores” de la vida política, pero en no menor medida también a los ciudadanos, que no podemos esperar de la vida pública valores, compromisos y actitudes que no estén ampliamente arraigados y compartidos en la vida personal y social.

Bibliografía

- Agamben, G. (2016): *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Amo, R. y Gómez, C. (2020): "COVID-19, el impulso definitivo para la autonomía relacional", en R. Amo y F. Montalvo (eds.): *La humanidad puesta a prueba. Bioética y COVID-19*, pp. 89-104. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Applebaum, A. (2021): *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*. Barcelona: Debate.
- Attenborough, D. y Hughes, J. (2020): *A Life in our planet*. Londres: Penguin.
- Arendt, H. (1997): *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2009): *Ética posmoderna*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. y Donskis, L. (2015): *Ceguera moral. La falta de sensibilidad en la modernidad líquida*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (2008): *La sociedad del riesgo mundial. En busca de la seguridad perdida*. Barcelona: Paidós.
- Bericat, E. (2018): *Excluidos de la felicidad: la estratificación social del bienestar emocional en España*. Madrid: CIS.
- Bude, H. (2017): *La sociedad del miedo*. Barcelona: Herder.
- Butler, J. (2006): *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2010): *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.
- Castel, R. (1995): "De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso". *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, (21), pp. 27-36.
- Castel, R. (2010): *El ascenso de las incertidumbres: Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castro, I., Lapenne, A., McGarry, R., Mynard, D. y Shultz, D. (dirs.) (2020): *Pandemic: How to prevent an outbreak* [Serie]. Disponible en <https://www.netflix.com/title/81026143>
- Cheng *et al.* (2007): "Severe Acute Respiratory Syndrome Coronavirus as an Agent of Emerging and Reemerging infection". *Clinical Microbiology Reviews*, 20 (4), pp 660-694. Disponible en <https://journals.asm.org/doi/full/10.1128/CMR.00023-07>
- Clay, J. (2021): *Los límites de nuestro planeta: Una mirada científica* [documental]. Disponible en <https://www.netflix.com/title/81336476>
- Coenen, C. (2016): "El discurso sobre la biología sintética y la innovación responsable: observaciones desde una perspectiva histórica". *Isegoría*, (55), pp. 393-407. Disponible en doi:10.3989/isegoria.2016.055.01
- Crompton, R. (2013): *Clase y estratificación: una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- Davis, W. (2019): *Estados nerviosos: cómo las emociones se han adueñado de la sociedad*. Madrid: Sexto Piso.
- De la Torre, J. (2020): "El principio de vulnerabilidad y el coronavirus", en R. Amo y F. Montalvo (eds.): *La humanidad puesta a prueba. Bioética y COVID-19*, pp. 105-121. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

- Esposito, R. (2009): "Biopolítica y Filosofía: (Entrevistado por Vanessa Lemm y Miguel Vatter)". *Revista de Ciencia Política (Santiago)*, 29(1), pp. 133-141. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-090X2009000100007&lng=en&tlng=en
- Feito, L. (2007): "Vulnerabilidad". *Análisis del Sistema Sanitario de Navarra*, 30(3), pp. 7-22.
- Ferry, L. (2018): *La revolución transhumanista. Cómo la tecnomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giddens, A. (1994): *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giordano, P. (2020): "No tengo miedo al contagio, sino a que la civilización se derrumbe". *El País*, 24 de marzo de 2020. Disponible en https://elpais.com/cultura/2020/03/23/babelia/1584986441_659231.html
- González, A. (2017): "Las máquinas y los gigantes". *Periféria*, (4), pp. 119-131.
- Han, B-Ch. (2014): *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Han, B-Ch. (2020a): "La emergencia viral y el mundo de mañana". *El País*, 22 de marzo de 2020. Disponible en <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- Han, B-Ch. (2020b): *La desaparición de los rituales*. Barcelona: Herder.
- Haraway, D. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Heidegger, M. (2021): *La pregunta por la técnica*. Barcelona: Herder.
- Hirschman, A. O. (1991): *Retóricas de la intransigencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Huesca, A. M. (2021): "El sentimiento de inseguridad ante la amenaza de la COVID-19", en Del Campo, A.: *La vida cotidiana en tiempos de la COVID*. Madrid: Los libros de la catarata, pp. 171-185.
- INE (2021): *Movimiento natural de la población. Indicadores demográficos básicos*. Disponible en https://www.ine.es/prensa/mnp_2020_p.pdf
- Innerarity, D. (2021a): "La sociedad de las crisis". *El País*, 2 de septiembre de 2021. Disponible en <https://elpais.com/opinion/2021-09-02/la-sociedad-de-las-crisis.html>
- Innerarity, D. (2021b): "La pandemia de los datos". *Dilemata. Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, (35), pp. 67-72. Disponible en <https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/412000403/730>
- Kousis, M. (2017): "Alternative forms of resilience confronting hard economic times: A South European Perspective". *Partecipazione e Conflitto*, 10(1), pp. 119-135. Disponible en doi:10.1285/i20356609v10i1p119
- Laguna, J. (2021): *Ciudadanía: del contrato social al pacto de cuidados*. Madrid: PPC.
- Levinas, E. (1993): *Humanismo del otro hombre*. Madrid: Caparrós.
- Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2018): *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.
- Linz J. J. y Stepan, A. (1978): *Breakdown of Democratic Regimes*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

- MacIntyre, A. (2001): *Animales racionales y dependientes. Por qué los seres humanos necesitamos las virtudes*. Barcelona: Paidós.
- Madrid, A. (2010): *La política y la justicia del sufrimiento*. Madrid: Trotta.
- Martucelli, D. y Santiago, J. (2017): *El desafío sociológico hoy: Individuo y retos sociales*. Madrid: CIS.
- Mèlich, J. (2014): “La condición vulnerable: una lectura de Emmanuel Levinas, Judith Butler y Adriana Cavarero”. *Ars Brevis*, (20), pp. 313-331.
- Mèlich, J. C. (2021): *La fragilidad del mundo. Ensayo sobre un mundo precario*. Barcelona: Tusquets.
- Mendenhall, E. (2017): “Syndemics: a new path for global health research”. *The Lancet*, 389(10072), pp. 889-91. Disponible en doi:rg/10.1016/S0140-6736(17)30602-5
- Morin, E. (1999): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: UNESCO.
- Navarro, M. (2021): “Redes vecinales de apoyo y estrategias de afrontamiento en familias empobrecidas en Barcelona en tiempos de pandemia”. *Gazeta de Antropología*, 37(1), artículo 2. Disponible en doi:10.30827/Digibug.69640
- Norris, P. y Inglehart, R. (2011): *Sacred and Secular: Religion and Politics Worldwide* (2nd ed.). Nueva York: Cambridge University Press.
- Páez Moreno, R. (2017): “La vulnerabilidad social en la bioética”. *Revista Iberoamericana de Bioética*, (5), pp. 1-14. Disponible en doi:10.14422/rib.i05.y2017.001
- Pérez-Díaz, V. y Rodríguez, J. C. (2021): *Perspectivas ciudadanas y del profesorado hacia la religión, su presencia pública y su lugar en la enseñanza*. Madrid: Fundación Europea Sociedad y Educación.
- Pew Research Center (2021): *More Americans than people in other advanced economies say COVID-19 has strengthened religious faith*. Washington D. C.: Pew Research.
- Putnam, R. D. (2000): *Bowling alone: The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon and Schuster. Traducción española (2002): *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la sociedad norteamericana*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Putnam, R. D. y Feldstein, L. M. (2003): *Better together. Restoring the American Community*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Ricoeur, P. (2008): *Lo justo 2. Estudios, lecturas y ejercicios de ética aplicada*. Madrid: Trotta.
- Riechmann, J. (2016): “¿Triunfará el nuevo gnosticismo? Notas sobre biología sintética, nanotecnologías y manipulación genética en el Siglo de la Gran Prueba”. *Isegoría*, (55), pp. 409-441. Disponible en doi:10.3989/isegoria.2016.055.02
- Rodríguez Ibáñez, J. E. (1998): *¿Un nuevo malestar en la cultura? Variaciones sobre la crisis de la modernidad*. Madrid: CIS y Siglo XXI.
- Rosa, H. (2016): *Alienación y Aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Madrid: Katz.
- Rosa, H. (2021): *Lo indisponible*. Barcelona: Herder.
- Sachs, J. (2021): *Las edades de la globalización: geografía, tecnología e instituciones*. Barcelona: Ediciones Deusto.

- Sachs, J. (2012): *El precio de la civilización*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Sadin, E. (2017): *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Sadin, E. (2018): *La siliconización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Secretariado de Sosteenimiento de la Iglesia. (2021): *La imagen de la Iglesia Católica en España*. Madrid: CEE.
- Solbakk, J. H. (2011): "Vulnerabilidad: ¿un principio fútil o útil en la ética de la asistencia sanitaria?". *Medicina Clínica*, 1(3), pp. 89-101.
- Solnit, R. (2020): *Un paraíso en el infierno: las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre*. Madrid: Capitán Swing.
- Sphere (2018): *Manual Esfera. Carta Humanitaria y normas mínimas para la respuesta humanitaria*. Ginebra: Sphere.
- Subramanian, A. y Kessler, M. (2013): *The Hyperglobalization of Trade and its Future*. Washington, D. C.: Peterson Institute for International Economics.
- Tronto, J. (1993): *Moral Boundaries. A political argument for an Ethic of Care*. Nueva York: Routledge.
- Tronto, J. (2013): *Caring democracy. Markets, Equality and Justice*. Nueva York: New York University Press.
- Vallès, J. M. (2000): *Ciencia política. Una introducción*. Barcelona: Ariel.
- Vidal, F. (2021): *Cuando el mundo paró. Diario del coronavirus*. Madrid: PPC.
- World Bank (2020): *Global Economic Prospects June 2020*. Washington D.C.: World Bank. Disponible en doi:10.1596/978-1-4648-1553-9
- Zamponi, L. y Bosi, L. (2018): "Politicizing Solidarity in Times of Crisis: The Politics of Alternative Action Organizations in Greece, Italy, and Spain". *American Behavioral Scientist*, 62(6), pp. 796-815. Disponible en doi:<https://doi.org/10.1177/0002764218768861>